



Arístides Pongilioni

Ráfagas poéticas

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Arístides Pongilioni

Ráfagas poéticas

Dedicatoria

Yo escucho en el espacio torrentes de armonía;

naturaleza me habla con su gigante voz;

aliéntame potente y agita el alma mía

el celestial impulso que nos acerca a Dios.

No hay en los vagos vientos murmullo ni gemido,

ni acentos pavorosos en el hinchado mar,

no hay trinos de las aves, ni misterioso ruido

de arroyo entre las piedras quebrando su cristal;

No tiene el firmamento matices ni colores,

ni sombra el bosque umbrío, ni las estrellas luz,

ni aroma fugitivo las matizadas flores,

ni las lejanas cumbres resplandeciente azul:

No vibra en torno mío, no vaga en el ambiente

perfume, luz, colores, ni sombra ni rumor,

que no eleve a otro espacio mi enardecida mente,

que no abraze mi alma con fuego creador.

Tal vez, cuando, agitado del numen que me inspira,

mi pensamiento en himnos pretendo derramar,

exhala sonos flébiles mi descorde lira,

y pobre, humilde y triste se arrastra mi cantar.

¿Mas qué importa? Yo siento que su divina esencia

el alma poesía dentro mi ser vertió:

si pobre es y sin galas la torpe inteligencia,

¿sera menos poeta por eso el corazón?

¿Ese inefable encanto, las vagas sensaciones

que al contemplar el mundo, me inundan en tropel,

no son tal vez poesía, no son emanaciones

de espíritu divino que agítase en mi ser?

¡Oh madre! ¡cuántas veces, en el pesar sumido,

el soplo del aura leve mis ojos enjugó!

¿Por qué al son de sus alas prestaba atento oído?...

No sé:-vagaba en ella consoladora voz.

Inmóvil, escuchando rugir el océano,

mi vista al firmamento se eleva con afán.

¿Qué busca tras el velo sutil del aire vano?

¡No sé:-las roncadas me nombran a Jehová!

¡Ah! la creación entera, con mágica armonía

me habló, y, desde la cuna, yo comprendí su voz,

y germinó en mi pecho la flor de la poesía,

de tu cariño, madre, al celestial calor.

Él dio a mi pensamiento su plácida ternura,

las alas de mi espíritu al cielo encaminó:

de Dios me hablabas, madre, y, a tu enseñanza pura,

tan armonioso nombre mi boca murmuró.

Un aura de cariño mi frente acariciaba

y ensueños deliciosos en ella hacía brotar;

si en pos de idea indecisa mi espíritu vagaba,

sentía a su lado, madre, tu espíritu flotar.

Y así mi mente alzaba por el espacio el vuelo,
y sus primeros sonos mi lira moduló;
si de entusiasmo en alas me desprendía del suelo,
el cielo era mi norte, mi inspiración tu amor.

¡Ah! ¡si me fuera dado poblar de ecos sonoros
el aura que tu frente se acerca a acariciar,
pagando en armonías los célicos tesoros
de amor, que en mí vertiera tu seno maternal!

Si al soberano aliento que llena el pecho mío
las cuerdas de mi lira pudieran responder,
mis cánticos se alzarán, con noble poderío,
y el mundo dominando vivieran lo que él.

Jamás los igualaran murmuradora fuente,
ni céfiro ligero, ni amante rui señor,
y altivos dominaran el trueno del torrente,
del ponto los rugidos, la voz del aquilón.

¡Y cuando las naciones, mis cánticos premiando,
corona de poeta ciñeran a mi sien,
con qué orgullo tan noble, sus hojas arrancando,
cubriera tu camino de triunfador laurel!

¡Delirios! ¡Sueños vanos! Sin galas, sin aliño,
con estas tristes flores un ramo entretejí;
mas, ¿si lo ofrezco en prenda de mi filial cariño,
no es cierto, dí, que tienen gran precio para ti?

Extiende con orgullo sus ramas altanero
el árbol, si de flores cubiertas ya las ve,
y, al agitarse al soplo del céfiro ligero,
las ramas por alfombra las tienden a su pie.

Inspiración
EL POETA

¿Quién eres tú, que del tendido cielo bajas,
envuelta en nube trasparente,
y a mí llegando con callado vuelo,
portes la diestra en mi abrazada frente?

Las orlas de tu blanca vestidura
mueve gimiendo la nocturna brisa;
sobre tu frente, cual la nieve pura,
el laurel de los genios se divisa.

Y es lánguida y es triste tu mirada,
como, en las tibias noches del estío,
los rayos de una estrella reflejada
en la corriente de sereno río.

Leve sonrisa por tus labios vaga
y embellece tu faz encantadora.
¿Eres quizá la solitaria maga
de esta orilla gentil habitadora?

¿O tal vez mi invisible compañera
la hermosa y celestial melancolía?

EL GENIO

La vida soy de la anchurosa esfera;

soy el genio feliz de la armonía.

Yo enciendo de los vates

en la elevada frente,

la llama creadora

del alma inspiración.

Por mí, por mí tan solo,

sonaron dulcemente

las melodiosas liras

de Dante y Calderón.

Por mí los campos bellos

de Grecia se animaron

con los cantares nobles

del épico inmortal.

Por mí la acción del tiempo

gloriosos dominaron,

y se oyen todavía

do quiera resonar.

Yo di robusto acento

al inspirado Herrera

para cantar los triunfos

de su inmortal nación;

y templé y de Rioja

el arpa lastimera,

que alzaba en las ruinas

tristísima canción.

Mi alcázar es la gloria,

mi reino el ancho mundo,

y nada hay que resista
mi influjo y mi poder;
mas sólo algunos seres
el celestial, profundo
misterio de mi ciencia
consiguen comprender.

Tú anhelas un renombre;
los lauros de la gloria
son el dorado sueño
de tu alma juvenil;
y tu exaltada mente
en pos de la victoria
se lanza, arrebatada
por su ambición febril.

Mas tu impotente esfuerzo
a conseguir no alcanza
el lauro generoso
tras que perdido vas;
y cae hoja tras hoja
la flor de tu esperanza,
y temes que no vuelva
a renacer jamás.

¡No temas! yo te presto
mi ayuda omnipotente
en la elevada empresa
que vas a acometer.

Canta, y tu voz sonora
se eleve en vuelo ardiente,
y el mundo conmovido

la escuche con placer.

Yo le daré la grata,
suavísima armonía
de las pintadas aves
al despuntar el sol;
o el temeroso estruendo
con que la mar bravía
se agita, al rudo impulso
del rápido aquilón.

Y ceñiré tus sienes
del lauro deseado,
tras el que osado corres
en tu ambición febril;

y tu famoso nombre,
de gloria circundado,
esculpiré en mi alcázar
de pórvido y marfil.

EL POETA

¡Oh! ¡sí, yo, cantaré! yo de mi lira
haré brotar dulcísimos acentos,
que en alas vayan de los raudos vientos
publicando mi gloria por do quier.
¡Oh! ¡sí, yo cantaré!... Mas, ¿será acaso
sueño de mi exaltada fantasía
esa voz que estremece el alma mía,
llenándola de júbilo y placer?
¡No importa! ante mis ojos el camino

aparecer contemplo de la gloria;

quiero volar en pos de la victoria

y salir de mi triste oscuridad.

Y si me aguarda acerbo desengaño,

si huye de ante mis ojos la corona

y mi talento a mi ambición no abona,

antes de sucumbir, sabré luchar.

Y a la sombra del álamo frondoso,

del alto monte en la tendida falda,

sobre la verde alfombra de esmeralda

que viste el suelo en el florido Abril;

o del invierno en las heladas noches,

al son del agita y al silbar del viento,

se elevará dulcísimo mi acento,

como la voz del ruiseñor gentil.

Evocaré del seno de las tumbas,
donde yacen hundidas y olvidadas,
de los héroes las sombras veneradas,
de Europa asombro, de la España honor;
o lanzaré al espacio conmovido,
coronando mi lira gayas flores,
historias de los tiempos que ya han sido,
cánticos dulces de encendido amor.

Toca mi frente, tú, genio divino,
arcángel del amor y la poesía,
y raudales de férvida armonía
de mi ignorada lira brotarán.

Enciende en mi la inspiradora llama
que los sentidos y la mente eleva,

y, como en alas de los vientos, lleva

al centro de tu alcázar inmortal.

Cádiz: 1853.

Recuerdos

Bellos los campos son que tus orillas

adornan, claro Betis, y en tus aguas

retratan su magnífica grandeza.

La rubia mies, opimo don de Flora,

que de las auras al amante beso

resonante se inclina; los copudos

árboles que hasta el cielo se levantan,

o al peso de su fruto regalado

doblan sus verdes ramas; los arroyos

que entre las cañas plácidos serpean,

lamiendo las arenas de su lecho

con sonoro rumor, los ruiseñores
que anidan en tus verdes espesuras
y llenan el espacio de armonías;
las flores del Abril... todo les presta
esa magia y encanto inexplicables
que los sentidos y la mente halagan.

Mas yo suspiro por la estéril roca
donde Cádiz se eleva, como blanca
gaviota posada en una peña
para secar sus alas; yo suspiro
por escuchar del férvido Océano
que la aprisiona entre sus verdes olas
el eterno rumor... Y es porque en ella
las dulces prendas de mi amor habitan...

¡Madre, hermanos, amigos!... y es que acaso

también, ¡oh mar! tus olas, que en ligeros

copos de espuma en las arenas mueren,

cautivan las miradas de mi Elvira,

o hacen latir en corazón de virgen

a impulsos del terror, si impetuosas,

azotadas del Abrego y del Noto,

elevanse rugientes, y amenazan

romper los muros, e inundar la altiva

ciudad que se levanta en tus riberas.

Y cuando el sol se oculta en Occidente

entre brillantes y encendidas nubes,

y miro la ligera gaviota

cruzar alegre el anchuroso espacio

al Océano dirigiendo el vuelo,

torno hacia Cádiz los llorosos ojos

con afán melancólico, lanzando

del triste pecho abrasador suspiro,

que raudo lleva el vespertino viento

que canta en los tendidos olivares.

«Vuela, avecilla, dígole; ligera

vuela a mi Elvira; entre las bellas ninfas,

ornato de las playas gaditanas,

como entre flores a la fresca rosa

conocerla podrás; pura es su frente

como los rayos de la casta luna;

brilla en sus ojos con celeste lumbre

suavísima ternura; su sonrisa

es el nacer de la rosada aurora

en el fecundo Abril; guarda en su alma

la inocencia del niño y el tesoro
de amor de la mujer... pura y divina
emanación de Dios, ángel que al suelo
desciende para bien de los mortales.»

«Vuela y díle el afán que me atormenta,
canta mi oscuro nombre a sus oídos,
y cuando vuelvas a la hermosa orilla
donde su frente eleva hasta las nubes
Hispalis orgullosa, trae en tus alas
el que exhalan suavísimo perfume
las trenzas de sus nítidos cabellos,
el suspiro que acaso lanza triste
su pecho virginal, el eco suave
de su voz argentina, más sonora

que el murmullo del aura en la enramada.»

¡Oh! vuelvan pronto del ardiente estío

las perezosas horas, vuelvan pronto

las tibias brisas de sus tardes, cuando,

a la luz melancólica de Febo,

que pausado a su ocaso se avecina,

o a los rayos suavísimos que lanza

la blanca luna, mírola extasiado

vagar del mar por la arenosa margen,

pura como un ensueño de poeta,

radiante de belleza y de ventura.

Sevilla: 1855.

El oriente

Existe una región de clima ardiente,

suelo fecundo, atmósfera serena,
de altos recuerdos caudalosa fuente,
de inspiración inagotable vena.

Es la región magnífica de Oriente,
madre del sol, de luz, de vida llena,
maravillosa, espléndida, galana,
gigante cuna de la raza humana.

Allí levanta el Líbano sus crestas,
que las nubes detienen arrogantes,
donde con majestad se alzan enhiestas
de los cedros las copas resonantes;
donde, siguiendo las torcidas cuestas,
anchos, férvidos, roncós, espumantes,
torrentes caudalosos se derrumban
y en el espacio, sin cesar, retumban.

Allí vibró el acento melodioso
del arpa de David y de Isafás;
allí repite el eco sonoro
los ayes de dolor de Jeremías:
del lúgubre Ezequiel, en son medroso,
se alzaron las tremendas profecías,
y resonó el Cantar de los cantares,
y Job lloró su suerte y sus pesares.

Allí, sola y sentada en la colina,
a la orilla del mar que dominara,
Tiro entre escombros su cabeza inclina,
cual la voz de Ezequiel profetizara;
que a la orgullosa y colosal marina,
que el nombre de soberbia le prestara,

con brazo omnipotente, Dios airado
la hundió en el hondo mar alborotado.

Allí la gran Jerusalén levanta
sus altos alminares y mezquitas;
allí de Cristo la divina planta
huellas dejó, por nuestra fe benditas;
allí vivió su Madre pura y santa,
allí sus frases de consuelo escritas
dejó el que por salvar al mundo entero
espiró de la Cruz en el madero.

El sol brilla más puro y refulgente
en su zafíreo, esplendoroso cielo,
y audaz se eleva la mezquina mente

al contemplar tan bendecido suelo;

exalta al vate inspiración ardiente,

y, de la duda disipando el velo,

el alma del incrédulo ilumina

viva llama de fe, santa y divina.

¡Tierra de bendición! si yo pudiera

ahora abandonar mis patrios lares,

a tu recinto encantador corriera

atravesando procelosos mares.

Quizá entonces mi lira lastimera

entonase magníficos cantares,

que hicieran dignos de inmortal renombre

mi pobre numen y mi oscuro nombre.

Quisiera en un caballo del desierto,

al aire sueltas las flotantes crines,
volar por las orillas del mar Muerto,
o traspasar los líbicos confines.

Y ver de Smirna el celebrado puerto,
sus riberas bordadas de jazmines,
o las altas laderas del Sanino
hollar con mi bordón de peregrino.

Y admirar la fantástica belleza
de las orillas del sagrado río,
y reclinar mi lánguida cabeza
de la palmera so el ramaje umbrío;
ver de Balbek la mágica grandeza,
do se elevara el pensamiento mío,
y, bajo móvil tienda, en la mañana,
descansar con la errante caravana.

Y de la luna al resplandor sereno,
del Bósforo cruzando la corriente,
ver a Estambul, del irritado seno
del mar alzando la orgullosa frente.

Y cuando el astro-rey, de pompa lleno,
lanza a raudales su esplendor ardiente,
ver brillar en las cúpulas, ufano,
el pendón del imperio mahometano.

¡Oh! ¡sí! ¡Volemos! que el rumor del viento,
que entre las cañas del Jordán murmura,
con misterioso y lánguido lamento
temple del alma la mortal tristura:
y eleve el corazón y el pensamiento

de Cristo en la divina sepultura,
donde el héroe, que Tasso enalteciera,
también detuvo su triunfal carrera.

Cádiz: 1853.

En un álbum

Como, tal vez, en los ruinosos muros

de antiguo monumento,

recuerdo del poder, de la hermosura,

de la virtud o el genio,

su cifra graba, con ardiente mano,

atónito el viajero,

para que, más allá de su sepulcro,

halle en la tierra un eco;

¡Así en tu libro, donde tantos otros,

mi oscuro nombre dejo,
para que eterno brille entre sus hojas
y oculto su recuerdo
y plegue a Dios que siempre, cuando fijas
en él tus ojos bellos,
sonrían tus labios, evocando pura
memoria de amistad tu pensamiento!

Mi pecho enciende en misterioso fuego
plácida imagen, que en mi mente vaga;
nombre, más dulce que la miel hiblea,
vibra en mi alma.

Do quiera tiendo la mirada ansiosa,
do quiera leve murmullo se levanta,

sueño de amor, la imagen me aparece,

y escucho esa palabra.

¿Nunca en sus alas la llevó a tu oído

la brisa el penetrar por tu ventana?

Es que en mis labios sin sonido flota,

y espira en mi garganta.

Pero si un punto de tus negros ojos

brilla en los míos celestial mirada,

ellos dirán en su lenguaje mudo

lo que mis labios callan.

¡Mírame! busca en mi semblante triste

ese secreto que mi pecho guarda,

y dime, ¡ah! ¡dime que alentar me es dado

siquiera una esperanza!

Tiñe el rubor con sonrosadas tintas

tus mejillas de nácar,

como los tibios rayos de la aurora

las nubecillas blancas.

Tiembla en el fondo de tus negros ojos

húmeda tu mirada,

como en el seno de las aguas tiembla

estrella solitaria.

Alza y deprime tu nevado seno

agitación extraña,

cual de la blanca tórtola en el nido

miro agitarse el ala.

Y, al peso de ignorado pensamiento,

doblas la frente cándida,

como el lirio, que inclina su corola

al beso de las auras.

Y de las flores con inquieta mano,

hoja tras hoja arrancas,

y alzas a mí los ojos un instante,

quieres hablar... ¡y callas!

¡Ah! si al poeta concedió el Eterno

la inspiración, que a descifrar alcanza

ese confuso y vago y misterioso

lenguaje de las almas;

Si veo tu rostro, que el rubor colora,
si veo tu frente, que en silencio bajas,
¿a qué, luz de mis ojos, alma mía,
pregunto si me amas?

Madrid.

A nuestra señora del Carmen
I

Su frente, coronada de encinas, el Carmelo
levanta poderoso, con noble majestad,
rompiendo de los aires el trasparente velo,
buscando las regiones de ardiente tempestad.

Con tenebroso manto las nubes lo rodean,
sobre sus rojas peñas sus rayos quiebra el sol,

los vientos del desierto lo quemán, y lo oread

las fugitivas brisas del Ponto bramador.

Si el rayo lo ilumina con su sulfúrea lumbre,

si roncós huracanes lo azotan por do quier,

la verde cabellera, que flota en su alta cumbre,

se agita con rugidos, mostrando su poder.

Parece que en su altura se aspira en el ambiente,

en inflamados átomos, espíritu de Dios.

Preñada de anatemas, enérgica, imponente,

en su empinada cumbre la voz de Elías tronó.

Tronó llamando al rayo de cólera divina

sobre la torpe frente de la impureza audaz,

y, a su terrible acento, cayeron en ruina

los ídolos infames, del alto pedestal.

Y adelantando el curso del tiempo venidero,
rompiendo el sello augusto que guarda el porvenir,
profético su espíritu ver hízolo el primero
el astro refulgente de Redención lucir.

Los campos se agostaban con pertinaz sequía,
al fuego calcinados de sol abrasador,
en hondas y anchas grietas su exhausto seno abría
la tierra, demandando raudal consolador.

No erraban por el aire los pájaros ligeros,
ni en las tendidas ramas vibraba su cantar;
detuvo el río su curso, los céfiros parleros
callaron, era todo silencio y soledad.

Y el cauce del arroyo, que férvido humeaba,
en ondas ligerísimas de cálido vapor,
cubrían las secas hojas, que el viento arrebatava,
con plañidero y triste y desigual rumor.

Elías, sobre la cumbre ríscosa del Carmelo,
propiciatoria ofrenda al cielo presentó,
y llama abrasadora bajó del alto cielo,
y, allí fugaz posándose, la ofrenda consumió.

Fijó en el horizonte sus ojos el profeta,
buscando el cumplimiento de la promesa fiel,
y blanquecina nube miró mecerse inquieta,
y rápida extenderse, del mundo por dosel.

Los suplicantes brazos tendió hacia el firmamento,
sus ojos se inundaron de desusada luz;
¿qué ha visto en esa nube, que extiende raudo el viento,
cubriendo con sus pliegues el firmamento azul?

¡Ah! ¡no saluda en ella el Iris de bonanza,
vertiendo sobre el mundo su lumbre celestial!
¡ah! ¡no saluda en ella tan solo la esperanza,
para los mustios campos, de bienhechor raudal!

Hirió su mente un rayo de inspiración divina,
y nuevo sentimiento brotó en su corazón;
que ha visto en esa nube la imagen peregrina
de la que Santa Madre será del Redentor:

La Virgen escogida, la bienhechora fuente,
la Reina de los ángeles y de los tristes luz,
la que de estrellas ciñe la soberana frente,
el arca de alianza, ¡la Madre de JESÚS!

¡Oh celestial, Señora! ¡el miserable mundo
aun no santificaba la huella de tu pie,
y ya el alma de Elías sintió brotar fecundo
tu amor, al santo fuego de inspiradora fe!

¡Cantó tus alabanzas el eco del Carmelo,
la tierra oyó gozosa su plácido rumor,
y palpité de júbilo al ver el alto Cielo,
en pechos escogidos, arder tu santo amor!

II

Y apenas del cristianismo

la doctrina germinaba,
humilde templo se alzaba
del Carmelo en la región;
y a la Reina de los ángeles,
sobre el viento silencioso,
subió puro y amoroso
perfume de adoración.

Y, al soplo de Dios, los siglos
fueron rápidos corriendo,
de la eternidad cayendo
en el abismo sin fin;
¡y siempre, Madre amorosa,
de la cumbre del Carmelo
alzó su ferviente vuelo

una oración hacia ti!

¡Feliz quien, por vez primera

mirando la luz del día,

oyó tan santa armonía

junto a su cuna vibrar;

y en una atmósfera pura,

que la impiedad no sofoca,

vio tu nombre en cada boca

y en cada pecho tu altar!

Cuando, cual ave cansada

que busca afanosa el nido,

un buque vaga perdido

del Ponto por la región;

si a las playas de Occidente

dirige la rauda quilla,
en la gaditana orilla
buscando su salvación;

Ve destacarse el marino,
en el horizonte claro,
a un lado luciente faro,
emblema de caridad;
y al otro sagrado templo,
donde la imagen se adora
de la santa protectora
de los hijos de la mar.

¿Veis por las tendidas calles
ese grupo penitente,
y vario tropel de gente

que en silencio marcha en pos?

Descalzos van: rudo mástil

llevan en hombros cansados,

y en sus rostros atezados

brilla cristiano fervor.

Fue un día que roncamente

la tempestad rebramaba,

y, al soplo del viento, alzaba

gigantes olas el mar.

Con un velo tenebroso

se enlutaba el firmamento;

si el rayo lo hendía violento,

lo cerraba el vendaval.

Lejos del puerto tranquilo,
juguete del viento insano,
en medio del Océano
flotaba frágil bajel.

Bajo su quilla, rugiente
inmenso abismo se abría;
sus negras alas cernía
la tempestad sobre él.

Como pálidos fantasmas,
emanación de un conjuro,
sombras se ven en lo oscuro
por el buque discurrir;
sombras de míseros seres,
que con la muerte luchando,
al viento y al mar, temblando,

su sepulcro ven abrir.

Cayeron los recios mástiles
sobre el puente; en son violento,
rasgó las velas el viento,
lamió la cubierta el mar;
y, erizados los cabellos,
junto al gobernalle roto,
lívida llama el piloto
vio sobre el buque flotar.

Entonces, puestos de hinojos,
perdida toda esperanza,
pusieron su confianza,
Virgen del Carmen, en Ti;
en Ti, estrella de los mares,

a cuyos suaves fulgores,

el mar calma sus furores

y alienta brisa feliz.

Y cuentan que, hendiendo el ábrego

los espesos nubarrones,

entre sus rotos girones

brilló el firmamento azul,

y te vieron, Santa Madre,

con los ojos de su alma,

nuncio de vida y de calma,

vestida de inmensa luz.

A tu mirada, las olas,

ya contenidas, rugieron,

más sumisas se tendieron
con suave ondulación,
como enjaulada pantera,
del hombre a la voz pujante,
arrástrase suplicante,
mas rugiendo, en su prisión.

Pasó la tormenta ruda,
barrió las nubes el viento,
y en el claro firmamento
tornó el sol a aparecer;
y en la destrozada nave
oró el náufrago de hinojos,
con lágrimas en los ojos
bendiciendo tu poder.

¡Oh llama santa! ¡fe pura!

¡fuente de eterno consuelo!

¿qué fuera en el triste suelo

la vida humana sin ti?

Si tu fuego el pecho enciende,

¿qué bien el hombre no alcanza?

¡ah! ¿quién pierde la esperanza,

aunque se sienta morir?

Marchad al templo sagrado:

marchad, náufragos dolientes,

y allí, humilladas las frentes,

himnos de gracias alzad;

y al trono de Dios asciendan,

en eco solemne, inmenso,

como las nubes de incienso,

que perfuman el altar.

Y, aunque con mofa os contemple

la incredulidad impía,

¡ah! levantad a MARÍA

la fervorosa oración;

que si de la vida el aura

goza vuestro pecho ahora,

¡de esa divina Señora

lo alcanzó la intercesión!

III

¡MARÍA, Reina del cielo, dulcísima Señora,

consuelo del que sufre, tesoro de bondad,

mi voz también te ensalza, mi voz también te implora!

Escucha, Santa Madre, de un alma que te adora

el férvido cantar!

Grabado está en mi pecho tu nombre melodioso,

que alienta mi esperanzas suena mi aflicción.

¡Ah! ¡yo espero invocando tu auxilio poderoso,

que al entregarme al verso del eternal reposo,

y tu nombre abra a mi espíritu la celestial mansión!

Cádiz.

A A.... C....

Eres joven, eres bella,

muy bella, muy bella, Amparo,

como el cielo de tu patria,

como sus tendidos campos,

como esas ondas azules

que agita el Mediterráneo.

Y eres bella en este suelo

que el Hacedor soberano,

con mano pródiga, quiso

hacer de hermosura pasmo.

Donde en campos de esmeralda,

por frescas aguas regados,

que azul firmamento cubre

y el euro acaricia blando,

encuentran la vista absorta

y el corazón fatigado

de las hurís del Oriente

los ideales encantos.

¡Dios bendiga tu hermosura,

en tu pecho derramando

tesoros de amor, de dicha,

de juventud y entusiasmo!

El viento de la fortuna,
que siempre sopló en mi daño,
por una vez favorable,
a estas riberas me trajo.

¡Ah! ¡si detener en ellas
pudiera el errante paso!

¡Si, orillas del manso Turia,
mis pesares olvidando,
tan rica naturaleza
me cubriera con su manto!

¡Y pasaran, como nubes
en un cielo de verano,
al par de mi triste infancia
los recuerdos tan amargos,

y mi juventud que huye
tras sí la nada dejando,
y mis sueños ambiciosos,
y mi estéril entusiasmo,
y cuantas vanas quimeras
dentro de mi pecho guardo!

Cual pasa la golondrina,
remotos climas buscando,
dejo la fértil Edeta
por buscar el Océano.
¿Cuándo, otra vez, de esa luna,
que cruza el tranquilo espacio,
veré en esta misma orilla
el resplandor desmayado?
Guarda en tu precioso libro,

guarda estos versos, Amparo;

es algo de mi existencia

lo que en ellos va encerrado.

Un deseo, una esperanza,

sentimiento ignoto y vago...

¡pueda en realidad tornarse,

en un tiempo no lejano!

¡Y si una vez los recorres,

al ojear este álbum,

piensa que no es mi memoria

errante como mi paso!

Valencia.

El genio
A Isidoro Hernández.

I

¿Ves, amigo, nacer en el oriente
vívido el astro-rey, padre del día,
y áureos rayos lanzando de su frente
cruzar triunfante la región vacía?
A su fulgor las aguas centellean,
abren su cáliz las pintadas flores,
y los tiernos y amantes ruiseñores
en los vergeles plácidos gorjean.

El rumor armonioso de los vientos
que agitan las frondosas enramadas,
los misteriosos, lánguidos acentos
de las aves en ellas anidadas,
el fragoroso hervir de los torrentes,
la ronca voz del férvido océano,
y el blando arrullo, placentero y vano,

de los arroyos y las claras fuentes;

El himno son que eleva la natura
cuando, detrás de la rosada aurora,
muestra su frente el sol, serena y pura,
y el anchuroso firmamento dora.

Él en tanto prosigue su carrera,
y los campos estériles fecunda,
y con su lumbre celestial inunda
el alto monte, el valle y la pradera.

Tal vez en alas de huracán violento
rápido por los aires conducido,
de negras nubes escuadrón sin cuento
dejan su claro disco oscurecido;
y, al son del rayo y al fragor del trueno,

que el pecho llenan de pavor profundo,

parece oculta al tenebroso mundo

la noche eterna en su medroso seno.

Mas pronto brilla el iris de bonanza

y huye por los espacios la tormenta,

y renacen la calma y la esperanza,

y purísimo azul el cielo ostenta.

Y de su trono en el cenit dorado,

con nueva vida y con impulso nuevo,

sus rayos lanza el rubicundo Febo

por la extensión del mundo dilatado.

Tal el genio levanta con orgullo

su frente de laureles coronada,

y del aplauso público al arrullo
camina de la gloria a la morada.
Émula de los siglos, su memoria
vive en el corazón de las edades,
y el tiempo que sepulta las ciudades
no empaña el brillo de su inmensa gloria.

Acaso ingrata su centuria mira
la llama que en su frente resplandece,
y el espíritu noble que le inspira
al desdén de los hombres enmudece;
y triste, solo, errante, peregrino,
el genio cruza por el ancho mundo,
lleno su pecho de dolor profundo,
sin hallar una flor en su camino.

Mas con su muerte empieza nueva vida,
y en pos de aquella mil generaciones
a su memoria ilustre y bendecida
alzan bustos, erigen panteones.
Y de la tumba helada se levanta,
circundado de luz resplandeciente,
al escuchar el cántico ferviente
con que su gloria el universo canta.

II

Tú, a quien el cielo pródigo concede
tan alto don, prosigue, caro amigo,
la estrecha senda que a la gloria guía.
Sobre tu frente resplandece pura
la llama que animara el genio ardiente
de Bellini y Mozart; tu pensamiento
elévase a regiones ideales

de armonía y de luz, y tu alma joven

el entusiasmo y el amor al arte

vívidos electrizan y arrebatan.

Cuando del clave las ebúrneas teclas

pulsas, de amor y de tristeza henchido,

cual suele la ligera golondrina

tendiendo el vuelo a climas apartados,

rozar apenas con las leves alas

la superficie azul del mar tranquilo,

o agitado de espíritu invisible

haces brotar del dócil instrumento

sollidos vigorosos, que ora imitan

el estruendo y fragor de los combates,

el viento que se estrella en las almenas

de antiguo torreón, la voz del trueno
o el ronco son de los hirvientes mares;
ora el rugido de furor que lanza
el engañado esposo, o los gemidos
del amante infeliz; entonces, entonces
artista te proclama el que te escucha
y admiración te rinde y alto aplauso.

Sigue esa senda, pues: ella te guía
al templo de la gloria; los laureles
brotaran a tu paso, y las naciones
te ofrecerán artísticas coronas.

Yo, en tanto, oscuro vate, con mis votos
desde la playa seguiré tu nave,
ora mecida por ligeras brisas,
ora al impulso de huracán violento

cruzando un mar oscuro y tormentoso.

Y cuando, en los soberbios coliseos

de Albión y Lutecia, en los de Italia,

la cuna de las artes, y en aquella

patria feliz de Weber y Beethoven,

resuenen los aplausos a tu genio,

en alas de los vientos conducidos

hasta mí llegarán, en lo profundo

de mi sensible pecho resonando.

¡Y plegue al cielo guarde tu memoria

siempre un recuerdo del oscuro vate

que, en las riberas que constante azota

el mar de Atlante, en su insonora lira,

henchido de entusiasmo, te consagra,

como artista y amigo, fiel tributo!

Cádiz: 1855.

Tristeza

El sol que se levanta
sobre la mar sonora,
el ruiseñor que canta,
al despuntar la aurora,
en el follaje espléndido
del bosque secular;
el triste y acordado
murmullo de la fuente,
el cefirillo alado
que riza blandamente,
al agitarlo trémulo,
su líquido cristal;

El encantado aroma

de las silvestres flores,

que la empinada loma

matizan de colores,

el cielo que despliégase

cual pabellón de tul;

el resplandor naciente

de la tranquila luna

que baña la alta frente

de la ciudad moruna,

y el río que corre férvido

a unirse al mar azul;

No templan, no, mi pena

con bienhechora calma,

no tornan su serena

tranquilidad al alma,
que vanamente agítase,
viviendo sin tu amor;
y mira hora tras hora
pasar en su amargura,
sin vislumbrar la aurora
que el sol de la ventura
alumbra con suavísimo,
divino resplandor.

Y vanamente dando
suspiros a los vientos,
en sí ocultos llevando
su pena y sus tormentos,
sin encontrar un límite
a su dolor mortal;

por único consuelo
en su fatal quebranto,
le da benigno el cielo
el manantial del llanto
y los recuerdos plácidos
de más dichosa edad.

Que al alma que se afana,
sumida en la tristeza,
no deis la pompa vana
y espléndida belleza
con que natura búrlase
de su mortal dolor.

Dadle el impetuoso
vaivén del mar hirviente,
el trueno fragoroso

del montaraz torrente,

el cárdeno relámpago

y el rayo asolador.

Dadle que roncás griten

las aves agoreras,

los árboles agiten

sus verdes cabelleras

que azota en vuelo rápido

el duro vendaval,

y crucen nubarrones

por la región vacía,

y en lúgubres crespones

su luz envuelva el día,

y el orbe mudo, atónito,

su fin contemple ya.

Entonce, entonce escucha

simpáticos acentos

en la terrible lucha

de opuestos elementos,

en el rugido múltiple

de ronca tempestad.

Y, al contemplar osado

su saña y sus furores,

al escuchar pasmado

los vientos bramadores,

¿qué mucho logre el mísero

sus penas olvidar?

Sevilla: 1853.

La última puerta
(Imitación del Alemán.)

Llamé a la puerta de la riqueza

y la miseria me contestó;

llamé a la puerta de la belleza

y el desengaño mi pecho hirió.

Llamé a la puerta de ardiente orgía,

y, en vez de goces, pena encontré;

llamé a tu puerta, religión mía,

y, al traspasarla, pensé... ¡y dudé!

Mas yo conozco lugar tranquilo,

sordo a los ecos de la pasión,

en donde encuentro seguro asilo,

donde repose mi corazón.

A muchos cubre tu sombra oscura,

mas no por eso temo llamar,

que entre tus muros, ¡oh sepultura!

¡para los tristes siempre hay lugar!

A Cádiz
Serenata

Sentada en la alta peña que el mar besa sonoro,
o azota rebramante, si ruge el aquilón,
mirad la hermosa Cádiz, que con diadema de oro
corona ardiente, espléndido, el moribundo sol.
Rasgan sus altas torres el manto azul del cielo,
las palmas le dan sombra con verde pabellón,
las brisas del Atlante, con perezoso vuelo,
en torno de ella agitan sus alas sin color.

Busca el marino la roja estrella

Que de su frente vivaz destella.

España libre de ella surgió.

Cuando su diestra blandió el acero,

El astro fúlgido del gran guerrero

En el espacio palideció.

Por eso de los reyes

De la poesía,

En tu alabanza, ¡oh patria!

Vibró la lira.

¡Recuerdos vanos!

¡Memoria de unos días

Que ya pasaron!

Mas no pasa tu gloria: la historia en sus anales

Del tenebroso olvido tus hechos guardará:

Tu mar, tu claro cielo, tus hijas celestiales

Siempre también la lira del vate ensalzará.

Y en vano, en vano el tiempo veloz irá pasando,

Y acaso en tus ruinas su huella estampará,

Que con sereno impulso la eternidad salvando

De un siglo en otro siglo tu nombre volará.

Dicen que un día la mar airada,

Por misteriosa fuerza impulsada,

Negra, espumosa, oirás rugir,

Y sus eternas vallas rompiendo,

Sobre tus muros con ronco estruendo

Vendrá sus olas a confundir...

¿Qué importa?... cuando asome

Sobre las olas

Su alta frente la peña

Donde hoy reposas,

El navegante

Dirá con noble orgullo

«¡Allí fue Cádiz!»

¡Oh perla de los mares! ¡amada patria mía!

¡Envuelta en mis suspiros el alma vuela a ti!

¡Cuando la noche crece, cuando despierta el día,

Tu imagen, tu memoria alienta y vive en mí!

¡Tu imagen donde mira mi acalorada mente

Los plácidos recuerdos de mi niñez gentil,

Las adoradas prendas de mi cariño ardiente,

Mis sueños de lejano, glorioso porvenir!

A ti mis ojos vuelvo llorando,

Con honda pena mi hogar buscando,

¡Como el marino busca tu luz!

¡Y, ausente y triste, tan solo anhelo

Mirar tus torres, tu claro cielo,

Tus bellas hijas, tu mar azul!

Y cuando eterno sueño

Duerma en la tumba,

Que lo arrullen las olas

Que a ti te arrullan.

¡Pueda así el alma

Al seno de otra vida

Volar en calma!

Madrid.

¡Piensa en mí!

Cuando sus alas la noche
en el firmamento tiende,
y, en parda sombra velada,
la naturaleza duerme,
si alzas, acaso, los ojos
a la bóveda celeste
y libre tu pensamiento
en el espacio se pierde,
¡piensa en mí! que en ti pensando
entonce estoy, como siempre,
y creo ver en las estrellas
el resplandor de tu frente.

Si de tu flor favorita
que tu ventana embellece
y que al viento de la tarde

abre su cáliz de nieve,
aspiras el grato aroma
en el perfumado ambiente,
¡piensa en mí! que en ella busco,
enamorado y ausente,
un recuerdo de otros días,
que me consuele.

Cuando sola y pensativa,
en tu oculto gabinete,
nuestros queridos poetas
recorras con vista ardiente,
si una lágrima furtiva
de tus ojos se desprende,
¡piensa en mí! que busco en ellos
acentos que me recuerden

aquel tiempo venturoso

que huyó breve.

Cuando lanzan las campanas

su adiós al día que muere,

y allá en el vago horizonte

ráfagas de fuego enciende,

si acaso de un templo buscas

la tranquilidad solemne,

¡piensa en mí! y ora conmigo

para que yo vuelva a verte;

que un ángel llevará al cielo

tus tiernas preces.

Elvira, luz de mis ojos,

si el recuerdo del ausente

en el bullicio del día

acaso se desvanece,

cuando la noche callada

en sombras al mundo envuelve

y el alma vuela tranquila

y ligera como el éter,

¡piensa en mí! que en ti pensando

entonce estoy como siempre.

Tu pensamiento y el mío

unidos al cielo vuelen,

como dos ondas sonoras

de dos arpas se desprenden,

y en una sola armonía

en el espacio se pierden.

Misterio

¡Granada! patria hermosa del genio y la armonía,
tesoro de recuerdos, raudal de inspiración,
¿porqué, porqué tu nombre conmueve el alma mía,
como el rumor lejano de plácida canción?

¿Acaso es que en mi mente despierta la memoria,
dormida entre las nieblas del tiempo que pasó,
de tu esplendor antiguo, de tu brillante historia,
de la epopeya inmensa que en ti se concluyó?

¿Es que, a través del velo azul del horizonte,
los ojos de mi alma en el espacio ven
tu Alhambra, reclinada sobre elevado monte,
al son con que la arrulla murmurador laurel?

¿Es que en las vagas ondas que en el ambiente agita
tu nombre, al pronunciarlo con conmovida voz,
oculto y misterioso espíritu palpita
y vierte entre sus átomos los sueños del amor?

¡Granada! ¿acaso el viento me trae el rumor sonoro
do tus risueñas fuentes, del Darro y del Genil?
¡Granada! ¿acaso, ausente de tus vergeles, lloro
algún grato recuerdo depositado en ti?

¡Ah, no! ¡jamás mis ojos miraron tu hermosura!
¡jamás tu aura de rosas ansioso respiré!
¡Ah! nunca de tu cielo cubrióme la luz pura,
ni en tus floridos cármenes se deslizó mi pie.

¡Yo sé, yo sé la causa del vago sentimiento

que en mí despierta el nombre de la gentil ciudad!...

¡Mas no! ¡nunca a las alas del indiscreto viento

su misteriosa esencia pudiera abandonar!

¡Derrámase el perfume que encierra vaso de oro,

y piérdese en los aires y nada queda en pos!

¡El corazón encierra recóndito tesoro

que solo el alma siente, que solo alcanza Dios!

Madrid: 1859.

Canción

(Música de Y. Hernández.)

Si melancólico miro

el azul puro del cielo,

y algún rayo de consuelo

brilla en mi pálida faz;

es que en él miro anhelante,

con los ojos de mi alma,

de tu cándido semblante

el encanto virginal.

Abre a mi canto la reja

que te separa de mí,

y en alas del viento deja

llegue mi lamento a ti.

Si junto a tu lecho escuchas

una celeste armonía,

es tu nombre, vida mía,

que pronuncio en mi pasión.

Nombre más puro y suave

que el murmullo de la fuente

y que los cantos del ave

en el vergel seductor.

Abre a mi canto la reja

que te separa de mí,

y en alas del viento deja

llegue mi lamento a ti.

Amor es luz de la vida

que la matiza de flores,

es la vida sin amores

lo que el prado sin verdor.

¡Ay del triste que padece

los desdenes de una hermosa,

y sólo encuentra en la rosa

espinas y desamor!

Abre a mi canto la reja

que te separa de mí,

y en alas del viento deja

llegue mi lamento a ti.

Parábola del segador

Cuando, en las tristes horas invernales,

sobre el sediento suelo

la blanda lluvia en plácidos raudales

hubo vertido el cielo;

La ociosa calma un labrador dejando,

activo y diligente

sembró su campo, en él depositando

benéfica simiente.

Cubrió la noche el transparente cielo

con manto tenebroso,

y el labrador, cumplido su desvelo,

buscó blando reposo.

Y vino entonces enemiga mano,

llena de envidia y saña,

y entre la tierra que guardaba el grano,

sembró mortal cizaña.

Creció la mies; espléndido tributo

al hombre prometía,

pero, a la vez que el codiciado fruto,

la p rfida cizaña aparecía.

Y al padre de familia preguntaba

su contristada gente:

« Se or, la que en tu campo germinaba,

no fue buena simiente?»

« Quieres que de la yerba hagamos tala

que causa nuestra pena?»

-«No, respondió, que, al arrancar la mala,

quizá arranqu is la buena.

»Dejad crecer las dos; cuando ondeante,

por premio a mis fatigas,

nos muestre el trigo por el sol radiante

doradas sus espigas;

»Cuando en el tiempo alegre de la siega,

del sol a los ardores,

cruen cantando por la extensa vega,

diré a los segadores:

»Coged con tiento la cizaña fiera,

y, atándola en manojos,

sirva de pasto a la voraz hoguera,

ardiendo a nuestros ojos.

»Y, en tanto la consume el fuego airado

con brillo placentero,

el trigo recoged, y, con cuidado,

guardadlo en mi granero.»

Siembra Jesús el bien, y brota ufana

la tierra su semilla,

que son los buenos, cuya fe cristiana

serena y pura brilla.

Y Satanás derrama en el sembrado

veneno de cizaña,

y nace iniquidad, y vil pecado

que la conciencia empaña.

Mas llegará del mundo en triste día

el hora postrimera,

y del Señor en la región vacía

se oirá la voz severa.

Y, circundados de siniestro velo

de lúgubres fulgores,

bajarán a su voz del alto cielo

ministros vengadores.

Y, como activo segador separa

la cizaña del trigo,

apartarán de la virtud preclara

el vicio, su enemigo.

Irán a la mansión de eterno llanto

los torpes delincuentes,

y allí serán los duelos y el espanto,

allí el crujir de dientes.

Y, como el sol que esparce en las alturas

ardientes resplandores,

a la diestra de Dios las almas puras

brillarán con purísimos fulgores.

La niña pálida

¿Si, cual tus rasgados ojos,

es negra tu cabellera,

si la sonrisa del ángel

vaga en tu boca pequeña,

si el cuello tienes del cisne

y el tallo de la palmera,

qué pides, qué pides, niña

para parecer más bella?

Lo sé; envidias a la rosa

el puro color que ostenta,

y que a tus blancas mejillas

negó la naturaleza.

Si en la luna veneciana

tu bello rostro contemplas,

piensas con enojo, niña,

que la palidez lo afea.

La palidez que en mi alma

grata sensación despierta

de vaga melancolía

y de infame tristeza.

Esa palidez, hermosa,

que es del sentimiento emblema,

y que el pensamiento imprime

en la frente del poeta.

Pálida vierte la aurora
lluvia de aljófar y perlas,
pálida la casta luna
del cenit se enseñorea.
Pálidos dan su fragancia
al aura de primavera
el jazmín de hojas menudas
y la cándida azucena.
Pálida en concha de nácar
brilla transparente perla,
y, en el azul firmamento,
las tembladoras estrellas.

Ese color da a tu rostro
melancólica belleza,
templa a tus ojos el fuego

y de languidez los vela;

incitadora frescura

a tus rojos labios presta,

que un clavel que abre su cáliz

sobre la nieve semejan,

y da a tu cándida frente

la aureola de pureza

con que el pincel de Murillo

a los ángeles rodea.

Muchas veces, al mirarte,

triste, pálida y ¡tan bella!

con negro, flotante velo,

que a merced del aura ondea,

por los rayos de la luna

en ondas de luz envuelta,

te creí genio nocturno,

vagando por la ribera.

Y cuando, inmóvil, las olas

vías morir en la arena,

blanca estatua de alabastro

que un rayo divino espera,

que el espíritu de vida

en su bella forma encienda.

Por eso te amé, por eso

eres luz de mi existencia,

y al mirarte al lado mío,

triste, pálida y... ¡tan bella!

veo en ti... la musa del llanto

que me inspira mis endechas.

¡Espera en Dios!

-¡Niña! el sol en occidente

densos nublados ocultan,

mientras su disco fulgente

las olas del mar sepultan.

En anchas y tibias gotas

desciende la lluvia lenta,

y gritan las gaviotas

presagiando la tormenta.

El horizonte enlutado

está con manto de bruma,

el mar levanta irritado

altas montañas de espuma.

Las aves buscan su nido,
¡y tú inmóvil permaneces!
Oye del trueno el rugido:
márchate: ¿no te estremeces?

-¡Extranjero! en esta lucha
de discordes elementos,
una voz mi pecho escucha
que responde a sus lamentos.

Aquí, al rumor de las olas
y los vientos bramadores,
vengo a lamentar a solas
la muerte de mis amores.

En esta misma ribera,
desolada y afligida,
abracé por vez postrera
al encanto de mi vida.

La calma de sus hogares
turbaba suerte importuna,
y quiso cruzar los mares
en pos de mejor fortuna.

Naturaleza a su anhelo
favorable parecía;
el sol, desde el alto cielo,
con vivo fulgor lucía.

Sereno y plácido el viento

rizaba la mar en calma;

mas triste presentimiento,

¡ay! se agitaba en mi alma.

¡Aquí le vi!... No exhalamos

ni un suspiro, ni un adiós;

callados nos abrazamos,

pero llorando los dos.

¡Y partió!... en la mar sonora,

donde el sol resplandecía,

la fragata voladora

orgullosa se mecía.

Dio al viento la blanca vela,

izó alegres banderolas,

y su fosfórica estela

comenzó a bordar las olas.

Yo mientras aquí lloraba

perdida mi dulce paz,

y el alma se me escapaba

tras de su huella fugaz.

Pronto en la línea indecisa

del horizonte flotó

y a otro soplo de la brisa

tras ella desapareció.

Desde entonces, triste, sola,

con mi continuo dolor,

preguntando a cada ola

nuevas de mi dulce amor;

Vine aquí cuando la tarde

desciende del alto monte,

y el último rayo arde

del sol en el horizonte.

Y así pasó día tras día,

un año y otro pasó,

y mi amado no volvía;

¡ay! en mal hora volvió.

Una tarde... Como ahora,

la tempestad rebramaba,

rugía en la mar sonora,

en los árboles silbaba.

Súbito al siniestro ruido

del rayo, al silbar del viento,

se unió sonoro estampido,

lúgubre como un lamento.

¡Más que la tormenta ruda,

aquel eco me dio espanto!...

quedéme inmóvil y muda...

la noche cerraba en tanto.

En la inmensidad desierta,

solo esa peña se vía,

de blanca espuma cubierta,

su frente alzando sombría.

Pero lúgubre aquel eco,

«¡favor! ¡socorro!» clamando,

a intervalos, ronco, seco,

iba en los aires zumbando.

¡Ah! ¡qué noche! en vano, en vano,

en mi alcoba solitaria,

quise ahogar su ruido insano

con el son de mi plegaria.

En vano, para consuelo

de mis mortales enojos,

pedí, sollozando, al cielo

el sueño para mis ojos.

Un presentimiento vago
de la desventura mía,
flotaba tenaz, aciago,
en mi ardiente fantasía.

Cuando la naciente aurora
azuleó en mis cristales,
busqué en su luz bienhechora
bálsamo para mis males.

La brisa de la mañana
busqué con afán ardiente,
y me puse a la ventana
para refrescar mi frente.

Confuso llegó a mi oído
rumor de gentes que hablaban,
y que de un buque perdido
la desgracia lamentaban.

Aquella frase sencilla
respondió a mi pensamiento;
¡corrí, volé!... y a la orilla
del mar llegué como el viento.

Y vi el sol entre la bruma,
pálido, triste, velado,
el mar cubierto de espuma
como un caballo cansado.

Y, espanto dando a los ojos,
que con llanto los veían,
de un buque tristes despojos
las turbias olas traían.

Aquí, do me ves sentada,
mi aciaga estrella llorando,
vi muchedumbre apiñada
un objeto contemplando.

Temí acercarme, y no sé
por qué misterioso impulso,
aunque indecisa, avancé
hacia aquí mi pie convulso.

En mí nadie reparó

en tanto que me acercaba;

llegué y mi vista buscó

lo que el grupo me ocultaba.

¡Lanzó un grito el pecho mío

y caí muerta de pena!...

¡Hallé su cadáver frío,

medio enterrado en la arena!...

¿Preguntas hora por qué

busco este sitio desierto?

¡Aquí vivo le dejé,

aquí volví a hallarle muerto!

-Niña, tu acerba desdicha

no es mucho que triste llores;

pero Dios manda la dicha

lo mismo que los dolores.

Ruégale, y ten confianza,

que Él dará al tuyo consuelo.

-¡Ya he perdido la esperanza!

-¡Niña, búscala en el cielo!

En el jardín

Mueve las flores perfumado viento,

la fuente eleva plácido rumor,

dora el espacio sol de primavera,

canta mi alma un cántico de amor.

Díme, luz de mis ojos, por qué inclinas

tu frente, cual su cáliz el clavel;

díme por qué de tu entreabierta boca

soplo de fuego exhálase tal vez.

Dí por qué esquivas mi mirada ardiente,

cual la violeta la del rojo sol;

díme por qué tus pálidas mejillas

a ráfagas se cubren de arrebol.

Por qué el contorno de tus negros ojos

tinta azulada empieza a dibujar,

por qué se agita tu nevado seno

como las ondas del inquieto mar.

Por qué tiembla tu mano entre las mías

cual las hojas del trémulo abedul;

qué pensamiento cruza por tu frente

y da a tus ojos desusada luz.

Cuando la dulce primavera extiende

sobre la tierra su esplendor fugaz,

pueblan el aire genios invisibles

nacidos de su aliento virginal.

Ellos dan savia a los desnudos troncos,

grato perfume al cáliz de la flor;

al reflejar en sus doradas alas,

con nuevo brillo resplandece el sol.

Ellos palpitan en la clara fuente

agitando su límpido cristal,

ellos levantan en el bosque umbrío

vagos rumores de ventura y paz.

¡Ellos despiertan el oculto anhelo

que duerme en el humano corazón,

ellos encienden en tu pecho, Elvira,

sed insaciable de placer y amor!

¡Ah! ¡no lo niegues! Tu rubor lo dice:

¿a qué ocultar tu pensamiento así?

¡Mira en redor naturaleza entera

como canta su amante frenesí!

Yo sé, yo sé que tu nevado seno

encierra un alma, asilo del amor,

alma de fuego que la mía comprende,

alma que siente como siento yo.

Brillar la miro en tus hermosos ojos

y en tus azules venas circular,

y, al escuchar mi brazo tu cintura,

junto a mi pecho ardiente palpitar.

¿Por qué velas el vivo sentimiento

que intenso brillo a tu belleza da?

¿Sin su férvido aliento, vida mía,

qué fuera de la gracia y la beldad?

¿Ves esas flores, que a tu lado brotan,

que agita el viento y acaricia el sol?

¡Ay! son la copia del destino humano,

imagen triste de la vida son.

Brotan lozanas al nacer la aurora,
gozan alegres juventud fugaz...
elévase en oriente un nuevo día,
y secas doblan sus corolas ya.

Mas antes dieron a la vaga brisa
tesoro de perfume virginal,
y el germen de su esencia misteriosa
depositaron en la tierra ya.

Es flor la juventud, Elvira mía,
y es su perfume celestial amor.
¡Deja, hermosa, que el viento de la vida
se esparza activo, ardiente, embriagador!

Horas de amor, de lánguida pereza,
de ardientes raptos, de febril placer,
¡ah! ¡quién pudiera vuestro alado curso,
rápido como el viento, detener!

Como las ondas del veloz torrente,
pasáis ligeras para no tornar,
y el pensamiento adivinar en vano
quiere las horas que después vendrán.

¿Quién pudo nunca levantar el velo
que cubre el insondable porvenir?
Oscuro libro del destino humano,
¡ah! ¿quién sabrá lo que se encierra en ti?

Luz de mis ojos, mientras sangre ardiente
circule en nuestro joven corazón,
mientras la vida brille en su mañana,
¡amar! ¡amar! ¡la vida es el amor!

Mi vida está en tus ojos, en tus labios,
está en la intensa luz de tu mirar,
en esas vagas frases que pronuncias,
en los suspiros de tu pecho está.

¡Fresco oasis en árido desierto,
en caos de sombras brilladora luz,
iris de paz en la tormenta ruda,
ser de mismo ser, eso eres tú!

¡Habla! ¡tu voz resuene en mis oídos,

di que me amas como te amo yo,

y de este espacio de árboles y flores

haz, Elvira, un Edén para los dos!

Mueve las flores perfumado viento,

la fuente eleva plácido rumor,

dora el espacio sol de primavera,

canta mi alma un cántico de amor.

La Semana Santa

I

Como al veloz impulso del aquilón rugiente

las nubes por el cielo precipitadas van,

mi espíritu remonta la turbida corriente

de los pasados siglos, con religioso afán.

Y de la fe la antorcha mis ojos ilumina,
y a su fulgor augusto lo ya pasado ven:
parece que en mi alma desaparece luz divina
la estrella que a los magos condujo hasta Belén.

Yo escucho voces lúgubres, y cánticos de gloria,
murmullos armoniosos y voz de tempestad;
yo siento ignoto impulso que lleva mi memoria
a tiempos que el Eterno llenó de majestad.

Yo asisto, absorto y mudo, a los solemnes días
que vieron asombrados la humana redención;
resuenan en mi pecho las tristes profecías
que aun pueblan de gemidos los valles de Sión.

II

¡Salem! ¿por qué en tus calles inmensa muchedumbre,
al son de alegres cantos inquieta veo bullir,
y zumba, como enjambre de abejas, a la lumbre
del sol, que dora espléndido un cielo de zafir?

¿Por qué en los ojos miro, Salem, de tus ancianos
las lágrimas de gozo brillantes resbalar,
y unidos de tus vírgenes entre las puras manos
las palmas cimbradoras y el símbolo de paz?

La hora sonó: ¡descubre la frente macilenta!
Sacude tus cadenas, ¡oh pueblo de Israel!
¡El Dios eterno y sumo que las edades cuenta,
contó las que en sus sueños vaticinó Daniel!

Pasaron esos días de servidumbre y duelo;

¡cesad en vuestro llanto, mujeres de Judá!

¡Mirad cómo sonrío y tornasola el cielo

aurora de ventura en el oriente ya!

Ya viene el que anunciaba la voz de los profetas:

llegó al cenit el astro que apareció en Belén:

¿de las ligeras auras las ráfagas inquietas

no traen hasta vosotros un himno de placer?

¡Salem! tu Rey se acerca: resuenen sus loores:

que escucho de su pueblo festiva aclamación:

alfombren su camino las olorosas flores,

den palmas a su frente sublime pabellón.

Vendrá oprimiendo el lomo del alazán ligero,
a cuyos rudos pasos la tierra temblará;
empuñará su diestra resplandeciente acero,
guerrera muchedumbre sus huellas seguirá.

Serán su manto regio y espléndida armadura
de púrpura de Tiro, del oro del Ofir,
y en su guerrero casco, del sol a la luz pura,
corona diamantina se mirará lucir.

¡Con qué vivos colores la ardiente fantasía
del pueblo se figura a su inmortal Señor,
y cómo escuchar piensa la bélica armonía,
que anuncia la llegada del Rey libertador!

¡Mas ay! que en vano, en vano por la llanura tiende

la vista, por si en ella consigue divisar
el brillo de las armas, y el polvo que suspende
de los veloces brutos el rudo galopar.

Tranquila, abrasadora, desierta, inmensa, llana,
la sombra de las palmas dibuja en ella el sol;
ni activo caminante, ni lenta caravana,
del arenal rojizo recorren la extensión.

Pero lejano y vago rumor de alegre coro
repiten conmovidos los ecos del Oreb;
semeja la indecisa canción que alza sonoro,
al soplo de los euros, murmurador laurel.

¡Mirad! ¿desde esa cumbre, do la silvestre higuera
levanta tortuosa la copa desigual,

no veis, no veis de gentes la turba placentera,
en son de alegre fiesta, hacia Salem bajar?

Se acercan: ya sus pasos veloces precipitan:
ya el viento trae sus voces distintas hasta aquí:
«¡hosanna en las alturas!» oídes cómo gritan:
«¡hosanna, hosanna, hosanna al hijo de David!»

¡Él es! ¡el grande, el Santo, el redentor Mesías,
que ahuyentará del suelo las sombras del error!
¡Él es el que anunciaron las santas profecías,
el Salvador del Mundo, el Hijo del Señor!

Sencillas vestes cubren su cuerpo soberano,
cabalga en bruto humilde su excelsa majestad,

no empuña el áureo cetro su poderosa mano,

ni ciñe su cabeza con la corona real.

Pero rodea su frente la fúlgida aureola

de su divina esencia perenne emanación,

y el aire a su contacto se anima y tornasola,

y forma en torno suyo atmósfera de amor.

El pueblo lo conoce: confuso torbellino

agólpase de gente, su túnica a besar,

y cubre con sus capas y flores el camino,

y gritos de alegría resuenan sin cesar.

Los aires ensordecen con su festivo estruendo:

«¡hosanna en las alturas!» repiten con fervor;

y los dormidos ecos despiertan repitiendo:

«hosanna a Aquel que viene en nombre del Señor.»

¡Salem! ¡Salem! ¡ah! ¡nunca lanzó más fausto día

sobre tus blancas torres su resplandor fugaz!

El cielo es luz ardiente, los vientos armonía,

y júbilo las almas y los semblantes paz.

Mas... ¿quién lo sabe? Acaso los ecos del hosanna

apagarán en breve su celestial rumor.

¡Quizás en el espacio resonarán mañana

tristísimos lamentos y gritos de furor!...

III

El claro firmamento las nubes pardas velan,

envuelve el horizonte siniestra oscuridad,

atónitas y mudas, por el espacio vuelan

las aves, en las ráfagas de sorda tempestad.

Los árboles se quejan del cierzo a los rigores

sus hojas agitando con fúnebre rumor;

envuelto por las nubes en húmedos vapores,

sin rayos, triste, inmóvil, su disco muestra el sol.

Al pie de un monte ruge inmensa muchedumbre,

y gritos y blasfemias se escuchan resonar;

sus negros brazos tienden tres cruces en la cumbre,

y tres hombres en ellas a punto de espirar.

Sus frentes baña el gélido sudor de la agonía,

agítanse sus miembros con rápido temblor,

la luz de sus miradas empaña sombra fría,

y ronco de sus pechos se escapa el estertor.

Envuelve el triste grupo con pliegues funerales
de las tinieblas densas el lóbrego capuz:
abajo lanza el pueblo rugidos infernales;
sobre una de las cruces se lee: «Jesús.»-¡Jesús!...

¡Cubrid con vuestras alas, espíritus del cielo,
cubrid con vuestras alas vuestra llorosa faz;
alza, arpas angélicas, clamor de amargo duelo,
que de la Cruz pendiente nuestro Señor está!

Sangriento, lacerado, sobre el madero inerte,
aun brotan de sus labios palabras de perdón,
y de sus claros ojos, que enturbia ya la muerte,
miradas amorosas abarcan la creación.

De espinas coronada se inclina su alta frente,
y roja sangre cubre su rostro divinal,
y de sus labios cárdenos, que seca sed ardiente,
se exhala en roncadas ráfagas el hálito vital.

Al pie del triste leño la Madre dolorosa,
bañada en llanto mira del hijo la pasión,
y en tanto que contempla la escena lastimosa
taladra ardiente espada su amante corazón.

¡Silencio!-Conmovida la infame turba espera,
y no insulta con gritos de Cristo el padecer;
los vientos enmudecen, y la creación entera
sus últimas palabras se apresta a recoger.

Un ángel, descendiendo de las etéreas salas,
humilde y conmovido, se inclina hacia Jesús,
para llevarlas raudo, sobre sus níveas alas,
hasta el eterno solio, raudal de eterna luz.

En manos de su Padre su espíritu entregando,
Jesús la frente inclina lanzando una gran voz:
recorre la tormenta los aires rebramando,
y zumba en el espacio: «¡Ya todo concluyó!»

¡Salem! ¡mira tu obra! En el rugir del viento
escucha del Dios fuerte la eterna maldición:
de la desnuda cumbre del Gólgota sangriento
vendrá sobre tus muros raudal de destrucción.

¿No ves en las tinieblas fulgor que centellea?

¿No escuchas de su carro los ejes rechinar?

¡Sobre las negras nubes y el rayo que flamea

el ángel de la muerte te viene a visitar!

Temblando, a los lamentos de la creación entera,

el miedo en el semblante, tus hijos mira huir...

¡y pasarán los siglos, y nunca su carrera

hará cesar un punto risueño porvenir!

¡Dispersos y malditos, irán de gente en gente

llevando por el mundo su nombre por baldón,

la mancha de la sanare de Dios sobre su frente,

del cielo aborrecidos, del orbe execración!

¡Salem! en las ruinas sentada te contemplo,

llorando tu pasado, que nunca volverá;
porque, al rasgarse el velo de tu sagrado templo,
tu historia de ventura rasgóse también ya.

¡Flotando por tu cielo las sombras del delito,
estéril e infecundo tu suelo para el bien,
el nombre de decida sobre tu frente escrito,
ruinas y sepulcros será Jerusalén!

IV

Señor, que abandonaste tu celestial morada
y tu divina sangre vertistes en la Cruz,
tu Santo nombre inspira mi mente arrebatada,
que tu doctrina alumbra con su fulgente luz.

Si el mármol del sepulcro tu resto humano encierra,
aquí impaciente aguardo mirarte en tu Ascensión:
yo sé, yo sé que pronto de la mezquina tierra
levantarás el vuelo a la eternal región.

Allá, en el firmamento, del que envidiosas nubes
no ocultan a mis ojos el esplendente azul,
te esperan las falanges de célicos querubes,
sus alas agitando de transparente tul.

Las piedras del sepulcro ya saltan en pedazos:
Jesús asciende al cielo, vestido de esplendor.
¡Señor! ¡a ti levanto mis suplicantes brazos!
¡Señor, mi voz escucha! ¡Escúchala, Señor!

¡Ah! deja que mi espíritu, rompiendo sus cadenas,

ardiente, puro, al cielo elévese tras Ti;

o, ya que aquí me dejas en lágrimas y penas,

¡Señor! ¡desde tu gloria, acuérdate de mí!

Junto a una niña dormida

¡Miradla!-Apenas seis veces

deshojó la primavera,

sobre esa frente tranquila,

las flores de su diadema.

Sus negros y dulces ojos,

espejo de la inocencia,

transparentes como el cielo,

la luz del cielo reflejan.

La aureola de los angeles

ciñe su pura cabeza,

que de sus rubios cabellos

los copiosos rizos velan.

Es niña, es niña; su alma

duerme en esa forma bella,

esperando que algún día,

en la mundanal tormenta,

el rayo de las pasiones,

al despertar, la conmueva.

Vagos son los pensamientos,

que cruzan su frente tersa,

cual las blancas nubecillas,

que cruzan la azul esfera,

y de su ligero paso

no dejan ni aun leve huella.

Para ella no hay pasado

ni el porvenir la desvela;

corren serenos sus días
en brazos de la inocencia;
que detrás del firmamento,
puro dosel de la tierra,
hay la mirada de un ángel
que sobre los niños vela.

¡Vedla dormir!-Es hermosa
la tarde; brisa ligera,
que las caricias de Mayo
impregnaron con su esencia,
del largo sueño de invierno
sacó a la naturaleza.

La niña ha jugado mucho;
alegre, vivaz, inquieta,
toda la tarde ha corrido

en pos de sus compañeras;

¡pero es tan chica! el cansancio

la ha rendido, y duerme y sueña.

Sobre el césped reclinada,

en su blanca ropa envuelta,

parece la dulce niña

una cándida azucena.

Entreabierto está su boca,

concha de menudas perlas,

coloradas sus mejillas

y lánguida su cabeza.

Un brazo le da almohada,

y, al soplo del aura inquieta,

palpita el velo de oro

de su rubia cabellera.

Tal vez sus alegres juegos

el sueño la representa,

porque una dulce sonrisa

vaga en su faz hechicera.

¡Puro sueño el de los niños,

fuelle de dulces ideas,

que sus labios infantiles

a dar expresión no aciertan!

¡Oh! yo adivino en sus rostros

esas cosas con que sueñan;

¡oh! yo escucho con el alma

esas pláticas secretas

de los niños y los ángeles

que sobre su cuna velan!

¡Los niños! ¿quién los vio nunca

con helada indiferencia?

¿Cuál es el alma gastada

que, al verlos, no se renueva?

¡Flores que encantan la vista,

brisas que el alma refrescan,

ecos de un cielo perdido,

aves que el hogar alegran!

La aurora de nuestra vida,

que cubre creciente niebla,

en ese espejo sereno

dulcemente se refleja.

¡Allí está nuestro pasado

con su atmósfera serena,

con la eterna paz del alma,

que en luz baña la inocencia,

con los sueños que a los labios

traen sonrisas placenteras,

con sus bonancibles noches,

sus alboradas risueñas!

¡Río de blando murmullo

y de frondosas riberas,

que los pájaros encantan,

que vientos de aromas besan,

que en sus plácidos cristales

colores y luz refleja,

y que, al término funesto

de su dichosa carrera,

mar borrascoso y sombrío

rugiendo voraz encuentra!

¡Ay cuando sus puras aguas

con estas aguas se mezclan!

Ya la clara luz del cielo

que se retrataba en ellas,

en el cristal agitado

se enturbia, deshace y quiebra.

No ya con paso tranquilo

recorren plácida senda;

secreto impulso las mueve

con sacudidas violentas.

Ya no hay flores en su margen,

ni blandos euros las besan;

rocas estorban su paso,

ábregos las atormentan.

En lucha tenaz y sorda

o en convulsiones soberbias,

lanzan estridentes gritos,

o exhalan profundas quejas.

¿A dónde van?-¡Quién lo sabe!

¡A qué ése luchar sin tregua,

si deshace sus esfuerzos

un débil muro de arena!

¡Niña! ¿porqué al contemplarte

me domina la tristeza?

¿Porqué se nubla mi frente

y ennegrecen mis ideas?

Ya tocó el mar agitado

el río de mi existencia;

siento de la amarga linfa

el beso que al alma hiela.

El huracán que la azota

me arrebató, envuelto en ella;

nieblas cubren lo pasado,

triste lo presente vuela,

y allá... ¡lo desconocido

con su oscuridad me aterra!

Busco la luz que alumbraba

mis alboradas primeras,

y el soplo de las pasiones

enturbia mi inteligencia.

¡Envuelto en un torbellino

vuelo como arista seca;

allá quedáis, de mi infancia

dulces días, noches bellas!

Ambición

El tiempo es inflexible: su curso impetuoso

jamás ha conocido ni tregua ni reposo;

de Dios le empuja el soplo y arrebatado va.

Él mira indiferente pasar generaciones,

y, en sus inmensas olas, a pueblos y naciones

arrastra hacia el abismo de la honda eternidad.

Tras de sus huellas marchan, falange aterradora,

la peste descarnada, la guerra asoladora,

el humeante incendio, la ronca tempestad:

ayúdanle en su empresa el rayo que calcina,

del mar el fuerte impulso que los peñascos mina,

el viento embravecido, la lava del volcán.

¡Cien razas poderosas gigantes se extendieron,

y el orbe dominaron y leyes al mar dieron;

el huracán del tiempo sus frentes azotó!

Un día no habrá en la tierra ni aun eco de su estrago:

en la desierta playa donde se alzó Cartago

decid que fue del pueblo que en ella se agitó.

El tiempo es inflexible, fugaz la vida humana;

el sol que hora se oculta y alumbrará mañana

tal vez en mi sepulcro sus rayos quebrará.

Para alumbrar mi frente yo busco luz de gloria;

que vivan en el tiempo mi fama y mi memoria,

y no pase mi nombre como mi ser fugaz.

Si arder siento en mis venas espíritu guerrero,

fulmine en campo abierto mi vencedor acero,

y sean pueblos esclavos trofeos de mi valor:

que, al darme en el sepulcro la muerte eterno abrigo,

del bronce en la batalla ganado al enemigo

podrán alzarse al cielo columnas en mi honor.

Si vierte en mí sus dones la celestial poesía,

en ondas se levante de mágica armonía

mi acento, sobre el ronco bullicio mundanal.

Mi siglo podrá ingrato negarme sus laureles,

pero su verdes ramas, al genio siempre fieles,

si no adornan mi frente, mi tumba sombrearán.

Es la creación entera un libro misterioso;

yo estudiaré en sus hojas sin tregua ni reposo,

acaso encuentro en ellas incógnita verdad.

Tal vez a mis miradas relumbre ignota estrella,

y, en tanto vibre pura su luz trémula y bella,

allí mi nombre escrito verá la humanidad.

Si artísticas creaciones mi pensamiento encierra,
aun guardan las entrañas fecundas de la tierra
mármol que anime el golpe de mágico cincel;
o, a la creación robando sus galas y colores,
vistiendo el tosco lienzo de ardientes resplandores,
vivir gloriosa vida mi nombre puede en él.

¡Ah, sí! cuando agobiado mi cuerpo al fin sucumba,
que, más allá del límite estrecho de la tumba,
haya en la tierra un eco que siempre hable de mí,
ligero ante nosotros deslízase el presente:
si en vano es detenerlo, que tenga reverente
abierta a nuestra gloria su puerta el porvenir.

El tiempo es inflexible; fugaz la vida humana;
el sol que hora se oculta y alumbrará mañana,

tal vez en mi sepulcro sus rayos quebrará.

Para alumbrar mi frente yo busco luz de gloria;

que vivan en el tiempo mi fama y mi memoria

y no paso mi nombre como mi ser fugaz.

En la coronación de Quintana

Dadme la lira: inspiración ardiente

arrebata mi joven fantasía,

del genio y del saber admiradora;

y pues que luce el venturoso día

en que la hispana gente

orne del genio altivo y eminente

la sien encanecida

con la corona a su saber debida,

su melodioso acento

suene con pompa y majestad no usada,
y del Betis undoso al Manzanares,
lleve en sus alas el sonoro viento
mis entusiastas, férvidos cantares.

No siempre coronada
de blando mirto y olorosas flores,
la embriaguez del placer y los amores
ha de cantar la lira del poeta,
a más altas empresas destinada;
no, como en campos de Ática famosa,
que orna risueño Mayo,
la voz cansada del cantor de Teos,
a la molicie y lúbrico desmayo
ha de ofrecer sus versos por trofeos.
Ni despertando en nuestra edad gloriosa

de la de hierro el genio belicoso,
y empuñando de Ossian el arpa ruda,
sobre peña desnuda
alce el poeta la gloriosa frente
por un viento de muerte acariciada,
y el pecho henchido de entusiasmo ardiente,
la melodiosa voz enronqueciendo
sólo al fragor de militar estruendo
del acero a la luz que centellea
al descargar sobre la hirviente malla,
y en el aire caliente donde humea
la sangre derramada en la batalla.

¡Ah! ¡no! de la creación en el conjunto
más alta empresa a sus esfuerzos cabe;
aun hay, poetas, más hermoso asunto

en que ensayar el cántico suave.

¡Oh vates españoles!

del talento del hombre las victorias,

de los divinos seres,

del pensamiento refulgentes soles,

¿las inmortales glorias

no son objetos dignos de la lira?

¿Aureola de luz ciñe una frente;

nada al poeta su fulgor inspira?

Vibran los ecos de mi dulce España

con voz de amor y con triunfal acento;

astro de gloria cruza el firmamento

y en blanda luz el horizonte baña.

Al borde ya de la callada tumba,

un anciano eminente,

honor y prez de la nación íbera,

hoy se presenta a nuestra absorta vista.

En su elevada frente,

cubierta con la nieve de los años,

brilla del genio la inmortal lumbrera:

la admiración del mundo es su conquista,

el amor de las gentes su victoria,

y sus nobles trofeos

los preciados laureles de la gloria.

¡Oh! ¡Levantad la voz en su alabanza,

y el aura misma que su nombre lleva

lleve vuestros cantares melodiosos

del raudo Betis al helado Neva!

¡Sí! ¡ya os oigo! ¡ya os oigo!-¡Patria mía!

¡tú, cuyo seno, sin cesar fecundo,

esa esfera ideal de la poesía

pobló de genios, que te envidia el mundo,

álzate de tu sueño!

¡álzate en gloria y majestad cubierta!

Hijo tuyo, de lauros coronado,

llega del Pindo a la dorada puerta;

hijos tuyos también, que el genio inspira,

dan su alabanza al viento sosegado,

entre los sonos de la acorde lira,

y dicen a los pueblos extranjeros

que, si honda, lucha tu blasón empana

y tu corona artística deshoja,

siempre eres cuna, idolatrada España,

de Calderón, de Ercilla y de Rioja.

¡Salud, genio inmortal, noble Quintana!

yo desde niño me extasié en tus versos,

¡tesoro de la musa castellana!

¡Cuántas veces, sentado en la ribera

del ronco mar de Atlante,

los recitaba ardiente, conmovido,

y de entusiasmo el pecho palpitante,

en tanto que en estrépito atronante

formaban digno coro a tus canciones

el ronco son de la tormenta fiera

y el bramar de los rudos aquilones!

¡Cuántas después en la florida orilla

del Betis caudaloso,

que al hondo y ancho mar con regia pompa

marcha sereno, altivo y majestuoso,

a entusiasmar mi mente

volvieron de tu lira los acentos,

dulces como el murmullo de la fuente;

o llenos de severa melodía,

como los tumbos de la mar bravía

al rudo empuje de encontrados vientos!

Cuando abismado de la patria historia

recorro el libro santo,

acude siempre, ¡oh vate! a mi memoria

algún recuerdo de tu noble canto.

Numen inspirador, dio el patriotismo

alto temple a tu lira,

la lira que en loor de la hermosura

trémula aun y lánguida suspira.

¡Quién como tú! Cual águila altanera
que a la más alta cima se levanta
para mirar del sol la inmensa, hoguera
sin que el fulgor ardiente la deslumbre,
tú de la historia a la elevada cumbre,
donde el sol de la gloria reverbera,
subes ansioso de beber sus rayos,
y no te ciega el resplandor ardiente
que ciñe la alta frente
de Padillas, Guzmanes y Pelayos.

¡Oh noble emulación! Tras cada hazaña
el genio de la España
de Covadonga a Trafalgar te lleva:
tu gloria siempre unida va a la gloria:
donde un héroe brilló, tu voz se eleva,

tu noble voz que su alabanza entona

con fuerza irresistible,

y, al ceñir a su frente una corona,

la ciñes tú de lauro inmarcesible.

Y por eso en confuso torbellino,

que con los sonos de tu lira encantas,

cubre el pueblo de rosas el camino,

genio inmortal, que huellas con tus plantas.

Y por eso también rasga los vientos

de cien poetas la canción sonora:

¿a dónde van sus férvidos acentos?

¿qué nueva gloria ensalzarán ahora?

¿qué alto nombre repito el aire vano?

¡Tu gloria que se eleva vencedora;

tu nombre, noble anciano!

¡Ah! ¡yo también ansió

añadir una flor a tu corona,

emblema fiel del pensamiento mío!

¡Yo quiero unir mi voz al gran concierto

que tu alto ingenio, tu virtud pregona!

¡Quién como tú feliz! Cruza el poeta

del triste mundo el erial desierto

por senda aislada, en soledad sombría,

pero animado por la voz secreta

que le hace oír los ecos de su fama

al otro lado de la tumba fría.

¡Oh! ¡cuántas veces el laurel divino

con que anhela ceñir su frente adusta

sólo llega a arrullar su último sueño,

como arrulla el del épico latino

del sol de Italia al resplandor templado,

y por el suave viento

del mar, entre perfumes, agitado!

No así tú: de la vida el aura pura

el sagrado laurel en tu sien besa,

y, antes de hundirte en la callada huesa

la voz escuchas de la edad futura.

Ya para ti los tiempos se adelantan;

ya las generaciones venideras,

con la presente, tu grandeza cantan.

¡Óyelas, noble anciano!

canto es de gloria, admiración lo inspira:

«El genio abrió su mano,

y el lauro descendiendo omnipotente,

al inmortal poeta

cercó de rayos la gozosa frente.»

A S. M. la Reina
Serenata

CORO

Dulces cantos, ¡oh Cádiz! repite

en confuso y alegre tropel,

y que en ondas sonoras se agite

el ambiente que aspira ISABEL.

I

A ti, Señora, envía,

rompiendo el aire vano,

el pueblo gaditano

su férvido cantar;

cantar que, enamoradas

de su festivo acento,

repiten con el viento

las olas de la mar.

II

Este es el pueblo, ¡oh reina!

altivo, independiente,

que saludó en su oriente

al sol de libertad,

y, al ver que de tu trono

su viva luz derrama,

con cánticos te aclama

de amor y de lealtad.

III

En la candente esfera
de sedición impía,
su carro la anarquía
conduce con fragor;
mas no abrasará a España
su destructora tea,
que aquí al trono rodea
atmósfera de amor.

IV

Resuene por el mundo
la voz de las facciones,
y agito las naciones
cual ronca tempestad;
que España ve, a la sombra

del trono esplendoroso,

crecer el fruto hermoso

de paz y libertad.

V

Para inundar tu senda

de aromas y colores

no tiene Cádiz flores

ni lauro triunfador;

pero, poblado el viento

de insólita armonía,

¡oh reina! hasta ti envía

los ecos de su amor.

CORO

Dulces cantos, ¡oh Cádiz! repite,
en alegre y confuso tropel,
y que en ondas sonoras se agite
el ambiente que aspira ISABEL.

Despedida

En vano tu sentimiento
quisiste ocultarme, Elvira;
yo vi brotar una lágrima
sobre tu negra pupila.
Brillaba la luz en ella
de tu forzada sonrisa
cual sobre el agua el reflejo
de la estrella vespertina.
Como en las hojas del árbol
gota de rocío brilla,

sobre tus largas pestañas
brilló un punto suspendida,
luego, tersa, transparente
descendió por tu mejilla.
Bien así, cuando los euros
las gayas flores agitan,
del cáliz de la azucena
perfumadas se deslizan
las lágrimas de la aurora
sobre la yerba mullida.

Yo la recogí en mis labios
con inefable delicia;
nunca beso más ardiente
al fuego de amor dio vida.
Mis ojos puse en tus ojos,

tus manos entre las mías,
y absorto quedé, mirándote
con embriaguez infinita.

Nunca la luz de la luna,
de los amantes amiga,
vio rostro más impregnado
de tierna melancolía.

Nunca el aura de la noche
agitó, fresca y lasciva,
más rizada cabellera
sobre frente más divina.

Nunca se alzaron al cielo
ojos de expresión más viva,
ni más virginal suspiro
llevó en sus alas la brisa.

Pasaban así las horas,
fugaces como la dicha;
ya en el cielo las estrellas
su vivo fulgor perdían.
Ya de luz en el oriente
brillaba pálida tinta,
dando forma y transparencia
a las vagas nubecillas.
Más fresco y ligero, el viento,
volando por la campiña,
sobre sus húmedas ala
confuso rumor traía.
Ya, en las copas de los árboles,
alzaban, tristes y unidas,
las aves tímido canto,

vago murmullo la brisa.

Y al par que, de luz vestido,

avanzaba el nuevo día,

llegaba el tremendo instante,

de mi amarga despedida.

Triste llanto silencioso

rodaba por tus mejillas,

mientras de mis labios trémulos

estas palabras caían:

En vano el hombre, en su vagar incierto

sobre el mar de la vida,

quiere abrigar en bonancible puerto

su nave combatida.

Que es en el mundo, por su triste suerte,

eterno peregrino;

Solo en tus brazos, implacable muerte,

concluye su camino.

Si un punto inclina su cabeza, ansiosa

de calma y de frescura,

«¡Anda!» inflexible, eterna, misteriosa

voz suena en el altura.

Y contra ella agitaráse en vano

rebelde el pensamiento:

él va como las olas de océano,

él va como va el viento.

Yo tengo aquí mi puerto de bonanza,

donde morir quisiera,

y otra vez, tras quimérica esperanza,

comienza mi carrera.

Dejo el asilo de mis días felices,

tesoro de memorias,

suelo feliz do tiene sus raíces

el árbol de mis glorias.

Dejo el mar, que acompaña el canto mío

con su rumor eterno;

dejo, llorando, mi lugar vacío

junto al hogar paterno.

Dejo los seres cuyo amor perfuma

el aire que respiro,

que hacen suyo el pesar; cuando me abrume,

y lloran, si suspiro.

¡Dejo ese cielo, do brotó la llama

que me abrasa y me inspira,

dejo cuanto amo yo, cuanto me ama!...

¡Te dejo a ti, mi Elvira!

¡Y, abandonando tanto bien seguro,

mirar solo anhelante,

ignorado, fatídico y oscuro,

un porvenir distante!

¿Qué busco lejos del bendito suelo

donde rodó mi cuna?

¡Un nombre acaso que me niega el cielo,

una varia fortuna!

¡Una lucha incesante, que atormente

mis más floridos años!

¡un desengaño acaso en mi creciente

serie de desengaños!

Y parto, empero, como parte el ave,

cumpliendo mi destino.

¡Ah! ¡sólo Dios lo que me aguarda sabe

al fin de mi camino!

Quizás el peso de mi amargo duelo

mi cuerpo al fin sucumba,

y tristes sauces en extraño suelo,

sombra den a mi tumba.

¡Mas ay! cuando te tengo en mi presencia

y voy pronto a perderte,

¿qué he de temer? ¿Acaso no es la ausencia

más triste que la muerte?

Cuando del cuerpo, en raptó victorioso,

rompiendo las cadenas,

busca el alma, con vuelo majestoso

regiones más serenas;

Cuando en el cielo, en su inmortal asiento,

aura de Dios la halaga,

o entra los leves átomos del viento,

como un perfume, vaga;

Lo es dado aún de los que amó en el mundo

vivir la misma vida,

y ser, en el misterio más profundo,

su protectora egida.

Vagar en torno, de la luna fría

en rayo amarillento,

ver su llanto, gozar con su alegría,

leer su pensamiento.

¡Ah! ¡yo no temo que el sepulcro frío

me abra enemiga suerte!

¿No es cierto que es la ausencia, encanto mío,

más triste que la muerte?

¡Adiós! el tiempo se desliza en tanto;

la hora fatal ya suena.

¡Ah! ¡pueda pronto mitigar tu llanto

un aura más serena!

Nunca me olvides, y al Eterno implora

en oración ferviente.

¡Adiós! ¡ya el blanco velo de la aurora

rasga el sol en oriente!

Durante una epidemia

¡Dios! de los buenos poderosa egida,

eterno manantial de bienandanza,

en la ruda tormenta de la vida

faro que alumbró puerto de bonanza,

Tú que reanimas nuestra fe perdida,

Tú a cuyo nombre brota la esperanza,

Tú a cuyo aliento creador, fecundo,

se alzó del caos resplandeciente el mundo;

¡Dios! cuyo nombre el huracán pregona

y escribe el mar en la desierta arena,

Tú que das al espacio por corona

resplandeciente sol, luna serena,

Tú cuya gloria la creación entona,

Tú cuyo ser el universo llena,

Tú que calmas los rudos elementos,

Tú que inspiras los altos pensamientos;

¡Dios! ¡inmortal, eterno, omnipotente!

¿quién imploró tu poderosa ayuda

y halló al férvido ruego indiferente
tu brazo sin acción, tu lengua muda?
¿Cuando el azote de la pena siente,
quién con tu nombre celestial se escuda,
y de fe y de entusiasmo no se inflama
en su abatido pecho viva llama?

A Ti volvemos los llorosos ojos
y el conturbado corazón que gime;
al rayo destructor de tus enojos
hondo terror nos cerca y nos oprime.
Traga la tierra fúnebres despojos,
nada al influjo destructor se exime:
cubren el suelo, en lúgubre tributo,
mares de llanto, atmósfera de luto.

Cruza la muerte la ciudad desierta

torva la faz y la segur alzada,

contempla el hombre ante su vista abierta

de la sombría eternidad la entrada.

Relumbra el sol, de resplandor cubierta

se ostenta la creación engalanada,

mas hálito fatal, lleno de horrores,

palpita, como el áspid entre flores.

Del Ganges en la orilla pantanosa

se alzó viento de muerte y de ruina;

del impuro vapor nube medrosa

invisible a los astros se avecina.

Del cielo en la región esplendorosa

se oyó vibrar la cólera divina:

«¡Marcha!» dijo a la nube; sopló el viento,

y el impuro vapor marchó violento.

¡Ay de las gentes! el terrible azote

dijeron, al nacer de la mañana,

el canto funeral del sacerdote

y el lúgubre tañer de la campana.

No hay esperanza que en el pecho brote;

la muerte se levanta soberana,

y tiende el cetro y la mirada oscura

sobre frentes que dobla pavura.

¡Dios de bondad! el céfiro sereno,

en sus ondas de aroma y armonía,

lleva al par el mortífero veneno

y el cansado estertor de la agonía.

Vierte la noche del medroso seno,
cubriendo el triste cuadro, niebla fría,
y, al despertar magnífica, la aurora
vuelve a alumbrar la escena aterradora.

Cuando las tardes del ardiente estío
dan al ambiente plácida frescura,
y de la arena sobre el lecho frío
al extenderse el mar blando murmura,
cuando espera la flor suave rocío
que vida preste a su corola pura,
gime la brisa, y suspirando el ave
dan al espacio música suave;

Con flores la abundante cabellera
ornan las hijas de mi patria amada,

y alegres las contempla la ribera
vagando por su alfombra regalada;
y al volar en la brisa pasajera
de su voces la música acordada,
dejando el lecho de coral y perlas,
las ondinias del mar salen a verlas.

¿Dónde se ocultan hoy? Del sol ardiente
van cesando los vivos resplandores
y apaga el mar la hoguera de su frente
que ya se extingue en rayos tembladores.

Soplo de vida flota en el ambiente
que oscurecían cálidos vapores;
álzanse ya las flores más lozanas:

¿a dónde están sus célicas hermanas?

¿Quién saberlo podrá? Su triste pecho
oprime del terror la mano fuerte;
tal vez de un ser querido junto al lecho
ven avanzar la obra de la muerte;
tal vez de pena el corazón deshecho,
suspenso el labio, el pensamiento inerte,
yacen junto a los fúnebres despojos,
con negras ropas y llorosos ojos.

Cándida virgen que el tendido cielo
contemplas pensativa en tu ventana,
mientras la sombra de ignorado duelo
flota en tu mente como niebla vana:
¿quién sabe si su plácido consuelo
podrás volver a demandar mañana

de ese aire vago al revoltoso giro,

do alienta aun tu virginal suspiro?

¡O ronos de la voz los dulces ecos,

transido el cuerpo por intenso frío,

por ardorosa sed los labios secos,

cual pura flor privada de rocío;

de las hundidas cuencas en los huecos

fuego apagado, resplandor sombrío,

y la frente de rosas y azucenas

del color azulado de las venas!...

Tu amor y el mío

Fue tu amor, Laura, la loca brisa

que rauda pasa besando flores,

fue de la aurora la blanda risa

que el sol ahuyenta con sus fulgores;

fue blanca nube que cruza el viento

y en pos no deja rastro ni huella,

fue la inconstancia del pensamiento,

fue de un suspiro ligero acento,

luz fugitiva de errante estrella.

Es mi amor, Laura, cedro eminente

que no doblegan los huracanes,

es el continuo rugir hirviente

de los torrentes y los volcanes;

es alta peña que el mar azota

sin que a su empuje rendirla pueda,

es el ambiente que en torno flota,

del sentimiento la eterna nota,

luz que en las ondas del éter rueda.

Tengo de amores herida el alma,
quema mis ojos amargo llanto;
senda de flores, en dulce calma,
indiferente huellas en tanto.

Mas no te envidio, que sólo excita
tu triste vida mi compasión;
que si la pena mi pecho agita,
al menos...¡vivo! porque palpita
con fuerte impulso mi corazón.

Ave María

Hora de melancolía,
crepúsculo de la tarde,
¡cómo en tu vago misterio

mi corazón se complace!

Cuando del sol en ocaso

los rayos postreros arden,

cuando un ambiente de aromas

cruzan ligeras las aves,

cuando la brisa dormida

en las copas de los árboles,

despierta al rumor sonoro

de las alas de los ángeles;

cuando el bronce consagrado

eleva su voz gigante,

que lleva invisible espíritu

por las regiones del aire,

y en los altos campanarios,

en las populosas calles,

sobre la verde campiña,

sobre los tendidos mares,

Ave María, murmura,

Reina de los cielos, salve!

¡Ave, María!-¡Silencio!

que en esta hora inefable

solo el místico murmullo

de la oración se levante.

Que no conturben el alma

pensamientos terrenales,

y pueda en vuelo apacible

al firmamento elevarse.

¡Y rompiendo el velo puro

y transparente del aire,

donde la luz y las sombras

luchan entre sí mezclándose

y flota aroma del cielo
en átomos impalpables,
oiga el concierto sonoro
de las arpas celestiales,
en llama de sacro fuego
sienta su ser inflamarse,
y en dulce visión de gloria
perdida y absorta vague!

¡Hora tranquila y solemne,
en cuya luz vacilante
mueve el ala silenciosa
espíritu incierto y grave,
que al pensamiento del hombre
da impulsos que lo levanten,

y el velo de lo pasado

y lo porvenir desgarran!

¡Hora en que a la mente acuden

las ya borradas imágenes

de amor, de dicha, de gloria;

flores lozanas, fragantes,

que en la aurora de otros días

abrieron el puro cáliz,

y ya mustias, inodoras,

sin frescura y sin esmalte,

en su avaro seno guarda

la eternidad insondable!

¡Hora de amor, de poesía,

de pensamientos gigantes,

de fervorosas plegarias,

de ilusiones ideales,

que al par que el alma las siente

la lengua expresar no sabe!

¡Ah! ¡feliz el que vio siempre

esos reflejos fugaces

dorar la playa nativa

con lánguida luz suave,

y al levantar su plegaria,

la oyó en los aires mezclarse

a la augusta voz del templo,

donde en su primer instante

raudal de divina gracia

sintió en su ser derramarse!

Cuando la mitad del disco

del sol se oculta en los mares,

y en roja llama se encienden

los desgarrados celajes;
al descubrir su cabeza
el osado navegante,
poniendo su pensamiento
en la Reina de los Ángeles,
tal vez desciende una lágrima
por su tostado semblante;
y es que al brotar de sus labios
aquellas místicas frases
que, niño, balbuceaba
sobre el seno de su madre,
su espíritu retrocede
a ya pasadas edades,
y piensa en su amada patria
y en sus lejanos hogares.

Yo también... ¡ah! ¡cuántas veces
junto a los puros cristales
del Tajo de arenas de oro,
del humilde Manzanares,
en las alegres riberas
que el Mediterráneo lame,
o del Betis caudaloso
en la olivífera margen,
en lágrimas de ternura
sentí mis ojos bañarse,
si la voz de las campanas
grave, severa, vibrante,
me traían lentamente
los céfiros de la tarde!
Y era que, en las firmes alas

de sus recuerdos alzándose,

volaba mi pensamiento

a más queridos lugares.

¡Era, Santísima Virgen,

que estaba solo y errante,

y que al pronunciar tu nombre,

consuelo de los mortales,

al mismo tiempo, Señora,

pronunciaba el de mi madre!

¡Ave María!-que siempre

guarde mi pecho tu imagen:

que siempre tu dulce nombre

en mi pensamiento vague;

y mis labios purifique,

y mi corazón encante.

Cuando la luz de mi vida
esté próxima a apagarse,
escuche yo esas campanas
que te saludan vibrantes,
y con sus solemnes voces
de la eternidad me hablen.

Que al abandonar mi alma
sus vestiduras mortales,
a la sombra de tu manto
hasta el cielo se levante,
cual onda de sacro incienso
de Dios ante los altares.

¡Y sea en la hora solemne
en que, armonizando el aire,
tu santo nombre resuena

sobre la tierra y los mares,
y esa luz tenue que entonces
sobre los mundos se esparce,
sea también, dulce Señora,
la que alumbre mi cadáver!

En el mar
I

Allá, en occidente, se pierde el sereno
del astro del día postrer resplandor,
que guardan las nubes un punto en su seno
cual guardan las almas recuerdo de amor.
No brilla en el cielo la pálida luna,
oscuras se arrastran las olas del mar,
las tibias estrellas, surgiendo una a una,
su trémulo brillo comienzan a dar.

Bogad, bogad.

Tendiendo sus alas en plácido giro,
los ángeles cruzan del cielo el azul,
y espira a su paso, con blando suspiro,
el ronco tumulto que engendra la luz.
Rumor de campanas, que hieren el viento,
tan solo se escucha lejano vibrar,
y eleva a los cielos el fiel pensamiento
y puebla los aires de acentos de paz.

Bogad, bogad.

Envuelta en la niebla, fugaz desaparece
la plácida orilla, cual vaga visión;
ya en olas más gruesas tranquila se mece
la barca, al impulso del viento veloz.
Agítanse en torno las formas livianas

que ve en las tinieblas la mente vagar;
traspasan las sombras, rojizas, lejanas,
las luces que alumbran la inmensa ciudad.

Bogad, bogad.

¡Oh noche serena, silencio, frescura,
murmullos del agua, de lánguido son,
rumor de los vientos, atmósfera pura,
estrellas que bordan azul pabellón!

Si rudas borrascas conmueven el alma,
venid amorosos su furia a templar;
yo busco en vosotros suavísima calma,
misterio, armonías, amor, soledad!

Bogad, bogad.

No turba aquí el aire la voz de la orgía,
que el vino enronquece, que apaga el placer,
no suena iracunda, sacrílega, impía,
la sórdida lucha del vil interés.

No el pecho contristan, no arrancan el llanto
miserias, pasiones, sarcasmo, impiedad;
el alma recorre mansiones de encanto,
resuena en su seno la eterna verdad.

Bogad, bogad.

Y cántico ardiente, sublime, profundo,
en alas de fuego levanta el Señor;
se olvida del hombre, se olvida del mundo,
y vuela más pura, más férvida a Dios.
Que aquí brota inmenso raudal de consuelo,
y se alza al Eterno magnífico altar,

que, en bóveda inmensa, cobija ese cielo

y, en móvil llanura, sustenta la mar.

Bogad, bogad.

Yo quiero estar solo, sentir lo infinito,

cual vasto sudario, mi cuerpo envolver;

leer en los cielos, con astros escrito,

el símbolo eterno de eterno poder;

dejar a la mente perderse en la altura

y en esos abismos profundos del mar,

y oír en su sombra fatídica, oscura,

la voz de los mundos vibrante sonar.

Bogad, bogad.

¡Al fin!... Tus acentos graves
vibran de nuevo en mi oído
y aspiro tus brisas suaves,
como las marinas aves,
tengo en tus rocas mi nido.

¡Oh mar! en ti ve mi mente,
que va en su entusiasmo ardiente
siempre de lo grande en pos,
la imagen más elocuente
de la grandeza de Dios.

Con tus olas, coronadas
de blanca y rizada espuma,
con tus rocas erizadas,
con las gasas delicadas

en que te envuelve la bruma;

Con tus orillas serenas,

frescas, alegres y solas,

de piedras y conchas llenas,

do, entre menudas arenas,

hierven al llegar tus olas;

Con tus peñascos desiertos,

de espuma y algas cubiertos,

do miran los navegantes,

de asombro y espanto yertos,

cien mundos que fueran antes;

Con tu recia sacudida,

cuando el huracán te azota,

con la huella que en su huida

deja la nave que flota

sobre tu espalda tendida;

Con los monstruos colosales

que, en apartadas regiones,

se agitan en tus cristales,

con tus brisas celestiales,

con tus rudos aquilones;

Tu vegetación sombría,

que en masas confusas rueda,

tu misteriosa poesía,

y esa salvaje armonía

que nunca el eco remeda.

Como la niñez risueño,
soberbio como el pecado,
ya duermes con blando sueño,
ya intentas con loco empeño
el cielo escalar osado.

Grande, ¡oh mar! si las divinas
luces del cielo reflejas
en tus aguas cristalinas,
y blancas aves marinas
mecerse en tus olas dejas.

Grande si los aires hiende
la tormenta, y tu sereno
cristal agita y suspende,

y el rayo en la nube enciende

para apagarlo en tu seno.

Y ¡cuánta doliente historia,

con llanto y con sangre escrita,

cuánto recuerdo de gloria,

cuánta halagüeña memoria

entre tus olas palpita!

Un día fue... Cuando colmada

Dios vio, con torva mirada,

la copa que su ira encierra,

y con su diestra indignada

la vertió sobre la tierra,

Cuando el orbe estremecido

vio, con siniestro ruido,

luchando los elementos,

y retembló, conmovido

en sus profundos cimientos,

Se alzó más ronco, más fuerte,

de tus abismos oscuros,

tu grito, nuncio de muerte,

y el hombre, de espanto inerte,

te vio traspasar tus muros.

Te vio, ministro severo

de las iras del Señor,

avanzar rugiente y fiero,

y, frío como el acero,

heló su pecho el pavor.

Y tú... tu marcha seguiste,

y con tus aguas cubriste

el más elevado monte,

y triunfador te extendiste

en torno del horizonte.

Y cumplido el fin tremendo,

al crimen del hombre escaso,

retrocediste rugiendo;

mas en la tierra imprimiendo

huella eterna de tu paso.

¡Ah! ¡cómo a mi pensamiento

el alto valor asombra

del primero que, contento,
surcó tu espalda, a la sombra
de lino que agita el viento!

En él germinó el profundo
instinto que alienta y crea,
que luego llevó fecundo
por la redondez del mundo
el resplandor de la idea.

Que en vano, en la sombra oscura
de pavoroso misterio,
tras de tu inmensa llanura
bañaba el sol con luz pura
un ignorado hemisferio.

¡Con alas de fuego vuelas,
soberana inspiración!
¡En vano, mar, te rebelas!
¡allá van las carabelas
del intrépido Colon!

En torno suyo se agitan
siniestros presentimientos...
¡No importa! su arrojo excitan,
porque en su mente palpitan
soberanos pensamientos.

El bramido amenazante
desoyó del hondo abismo,
siguió su marcha arrogante,

apoyado en el triunfante

lábaro del cristianismo,

Y allá, entre remota gente,

lo plantó con fuerte abrazo;

y vio el sol desde el oriente

unirse en eterno lazo

uno y otro continente.

Y ya lejanas riberas

a donde, eternas viajeras,

sólo llegaban las aves,

vieron arribar ligeras

a las españolas naves.

¡España! ¡patria querida!

tu gloria yace dormida,
tu gloria que el orbe llena,
pero del mar repetida,
entre sus olas resuena.

Yo escucho en concierto santo
mágicas voces vibrar
la voz de gloria ¡Lepanto!
la voz de gloria y de llanto
que resonó en Trafalgar.

¡Ah! si en la lid infecunda
a que se entregan prolijos,
y que de dolor te inunda,
esa voz grave, profunda,
oyeran también tus hijos,

España, noble matrona,
pronto su mano robusta,
que historia brillante abona,
de nuevo triunfal corona
ciñera a tu frente augusta.

¡Oh mar! si al rumor del viento,
que te agita en blando son,
mecido por ti me siento,
se eleva mi pensamiento,
se ensancha mi corazón.

Pueda ver eternamente,
cuando en la tarde levantas

esa canción elocuente,
el cielo sobre mi frente,
tus olas bajo mis plantas.

¡Y esa sonora armonía,
que me arrulló en mi niñez
y mi juventud ansía,
pueda halagar algún día
los sueños de mi vejez!

III

Bogad: que las aguas divida la prora
ciñendo de espuma gallardo festón;
que, en tanto no brillo la cándida aurora,
las olas me aduerman con vaga canción.
Los sueños de gloria, de amor, de poesía,

mi mente agitada podrán visitar:

bogad; mientras duro la noche sombría,

la vasta llanura del ponto cruzad.

Bogad, bogad.

Yo quiero estar solo, sentir lo infinito,

cual vasto sudario, mi cuerpo envolver,

leer en los cielos, con astros escrito,

el símbolo eterno de eterno poder.

Dejar a la mente perderse en la altura

y en esos abismos profundos del mar,

y oír en su sombra fatídica, oscura,

la voz de los mundos vibrante sonar.

Bogad, bogad.

Tres fechas

I

¡Viva el placer! La tempestad sombría

enluta el firmamento:

resuenen los cantares de alegría

al par que silba plañidero el viento.

En plácida armonía

vibre el cristal con el cristal chocando,

y, en loca risa el corazón gozando,

nos sorprenda al nacer el nuevo día.

¡Oh cuán bella! la luz de tu mirada

es intensa y ardiente;

tu rubia cabellera destrenzada

es áureo marco de tu blanca frente.

Cual música acordada

mueve mi corazón tu voz sonora,
y, al estrechar mi mano abrasadora,
tiembla tu mano amada.

Cae la lluvia a raudales, ronco el viento

se agita con furor.

Fija tus ojos en los ojos míos

y embriágame de amor.

II

Te estoy mirando y pensando

que es lo que tendrán mis ojos,

que siempre bajas la frente

cuando en los tuyos los pongo.

No se si, al ver que te miro,

te enrojece la modestia,

o es que mis ojos alumbran

las sombras de tu conciencia.

III

Yo amé siempre el abismo; en alta roca

sentado muchas veces, de océano

el eterno vaivén contemplé ansioso,

sintiendo en lo profundo de mi alma

un intenso placer; de las montañas

los hondos precipicios atrajeron

siempre mi vista, y, al sentir mi cuerpo

por atracción ignota dominado,

un no sé qué de grande y misterioso

hacía latir mi corazón; mas nunca

el terror embargaba mis sentidos

ni paraba el impulso de mi mente.

Sol de fuego mi vista deslumbraba,

aire de aromas, plácidos rumores

poblaban el espacio; el alma mía

vagaba por un mundo de ventura

al viento del amor dando sus alas.

Y el abismo me atrajo: hondas tinieblas

un muro presentaron a mis ojos,

un aire frío resbaló en mi frente

y heló mi corazón; terror profundo

fijó mis ojos y oprimió mi alma.

No te amo ya.

Fin

¿De dónde vienes?-No lo sé: un momento

mi ardiente fantasía,

en la vaga región oyó del viento

insólita armonía.

Hirió mis ojos peregrina aurora,

sentí fuerza secreta;

alcé la frente y vi deslumbradora

la estrella del poeta.

¿Fue ilusión?... De la vida en los albores

fue esa ilusión mi vida;

alzó su vuelo, envuelta en resplandores,

mi alma estremecida.

Mundo de claridad y de hermosura

me abrió su noble seno,

y allí del río de mi existencia pura

corrió el cristal sereno.

Sentí el rumor de tiempos que pasaron

vibrar en mi memoria;

las cuerdas de mi lira resonaron

¡Dios, el amor, la gloria!

Y, henchido de entusiasmo generoso,

busqué con ansia ardiente,

para mi nombre un mármol victorioso,

laurel para mi frente.

-¿Y hoy?-He vivido: el torbellino crece

del viento que me azota,

ya ese mundo ideal se desvanece

y, envuelto en nieblas, flota.

De la alta inspiración que ensalza y crea

se apaga el sol fecundo:

mis ojos deslumbrados ya rodea

la oscuridad del mundo.

¿Amor?... Guirnalda de olorosas flores

tejí, que mi alma encierra;

hoy ya cubre sus vívidos colores

el polvo de la tierra.

¿Gloria?... El ardiente impulso del deseo

la realidad sofoca,
y, siempre encadenado, Prometeo
retuércese en su roca.
Camino oscuro y triste y escabroso
recorre mi pie herido.
-¿Qué buscas?-Nada ya: sólo el reposo.
-¿A do vas?-Al olvido.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

